EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

ROBERTO EL BRAVO,

MELODRAMA DE ESPECTÁCULO EN SEIS ACTOS.



MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma,
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Gara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honra.
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y a moda.
¡Está loca!

En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mun

Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la huésp
Herencia de lágrima
Instintos de Alarcon
Indicios vehemente
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chinchon
Lo mejor de los dados.
Los dos sargentos español
Los dos inseparables
La pesadilla de un caro
La hija del rey René
Los extremos.
Los dedos huéspedes
Los éxtasis.
La posdata de una ca
La mosquita muerta
La hidrofobia.
La cuenta del zapater
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teru
La verdad en el espe
La banda de la Conde
La esposa de Sancho el a
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Dilu .
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madr
La Madre de San Fernand
Las flores de Don Jua
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Floren .
La Archiduquesita.
La escuela de los amig .
La escuela de los perdios
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Ca
La ninfa Iris.
La dicha en el bien aje .
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castila
La calle de la Montera
Los pecados de los pad
Los infieles.
Los moros del Riff.

ROBERTO EL BRAVO.

ROBERTO EL BRAVO,

MELODRAMA DE ESPECTÁCULO EN SEIS ACTOS,

ARREGLADO DEL FRANCÉS

POR

DON ENRIQUE ZUMEL.

Representado por primera vez en el teatro de Novedades en Octubre de 1866.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

PERSONAJES.	ACTORES.
MADAMA DE POMPADOUR....	DOÑA ENRIQUETA LIRON.
BLANCA ROSEL.............	DOLORES LIRON.
GUILLELMILLA...............	JOSEFA GALÉ.
ALDEANA 1.ª...............	AMALIA GARCIA.
ALDEANA 2.ª...............	ENCARNACION HERNANDEZ.
ROBERTO..................	D. JOSÉ MATA.
RAMPONEAU................	MARIANO FERNANDEZ.
ÁNGEL.....................	ELIAS ACUIRRE.
EL BARON FITZ.............	FRANCISCO LOPEZ.
EL CONDE DE MAUREPAS....	MIGUEL CEPILLO.
EL MARISCAL DE SAXÉ......	JOSÉ GONZALEZ.
GUERNAY...................	VICENTE YAÑEZ.
UN JUEZ....................	ANTONIO GONZALEZ.
ANTONIO....................	FRANCISCO CÓRCOLES.
ALISON.....................	JACINTO PEREZ.
HONORIN....................	MARIANO ADRIAN.
JUAN.......................	VICENTE SANCHEZ.
OFICIAL 1.º................	MANUEL CANCELA.
OFICIAL 2.º................	N. N.
UN ORDENANZA.............	N. N.
UN LACAYO.................	N. LÁZARO.

Aldeanos, aldeanas, oficiales, soldados, cantineras, caballeros y damas.

La accion se supone, el primer acto en Rosel; el segundo y tercero en Versalles; el cuarto y quinto en Flandes, y el sexto en el parque de Choisy, reinado de Luis XV.

NOTA. En las compañias en que haya poco personal, los que hagan los papeles de Antonio, Alison, el Juez y Juan, que no trabajan mas que en el acto primero, pueden doblar los papeles de Honorin, el Lacayo, Oficial 1.º y Oficial 2.º, y este, ademas el Ordenanza.

ACTO PRIMERO.

Gran plaza de la aldea de Rosel á los alrededores de Caen. Calle de árboles al fondo. A la izquierda, en primer término, casa de labrador con ventana y puerta, con una escalinata de dos gradillas: en tercer término, mas allá de un cercado de espinos, los lindes de un prado: á la derecha, en primer término, un bosquecillo: una iglesia rústica en segundo.

ESCENA PRIMERA.

El JUEZ con un pliego, precedido de un tambor, tocando. ALDEANOS, ALDEANAS, ANTONIO, JUAN, ALISON y á poco ANGEL y GUILLELMILLA.

JUEZ. (Leyendo) ¡Habitantes de Rosel! En nombre del rey, y por órden del gran bailío de la ciudad de Caen. Vistas las súplicas y emplazamientos hechos por el señor Grifré, recaudador, y Mr. de Fitz, tutor de la noble señorita Blanca de Rosel, contra la persona de Francisco Gredelú, labrador, en atencion á que el nombrado Gredelú, requerido á pagar los impuestos y otras deudas, se declara inhábil é insolvente, se procederá delante de la iglesia, hoy domingo cuatro de mayo de mil setecientos cuarenta y siete, á las cinco de la tarde, á la venta de la casa y campo del dicho Gredelú, los que serán adju-

dicados al mejor postor. (El tambor toca un redoble: el Juez va á fijar el anuncio de venta, y se retira.

ANGEL. (Saliendo de la casa.) Deteneos! No permitiré jamás que en mi presencia se publique la ruina del pobre padre Francisco, mientras yace postrado en el lecho del dolor!

ANT. (Conteniéndole.) Angel! Qué vas á hacer? Modérate! (Los aldeados le rodean.)

GUILL. (Abrazándole.) Angel, en vano intentas rebelarte contra la ley!

ANGEL. Ah! Guillelma! Amigos mios! Yo creo leer mi ignominia en ese cartel!

GUILL. Tu ignominia?

ANT. Qué es lo que dices?

ANGEL. Tú sabes, Guillelma, que Roberto y yo somos dos huérfanos; dos expósitos recogidos y educados por tus padres. Sabes que cuando tuviste la desgracia de perderlos en un mismo año quedándote sola con tu abuelo, Roberto, para pagar los beneficios que á nuestros bienhechores debia, sentó plaza de soldado; y con el producto de su enganche, os compró esa casita y ese campo y marchó alegre para la guerra, creyendo haber asegurado vuestra existencia y vuestra tranquilidad.

GUILL. Sí, pero una enfermedad de seis meses ha concluido con todos los recursos que contabamos, y van á quitarnos lo que Roberto nos habia dado. Esto, Angel, es una desgracia, como te lo dirán mi tio Antonio y todos; pero no una ignominia para nadie.

ANT. y ALD. Para nadie!

GUILL. Ves?

ANGEL. Sí, lo es para mí! Para mí, huérfano tambien, que debiera socorrer á los honrados corazones que me adoptaron, que me educaron, y que partieron conmigo su pan!

GUILL. Y bien! ¿No has contribuido por tu parte en cuanto te ha sido posible? ¿No has empleado en su auxilio tus ahorros, el dinero de tus lecciones?

ANT. Para pagar el médico y sus recetas!

GUILL. Que han aliviado á mi abuelito tanto, que ya hace tres dias se levanta, y trabajará la semana próxima, con el favor de Dios. (Toque de campana. Los aldeanos y aldeanas se retiran: unos y otros entran en la iglesia.)

ANT. El último toque de vísperas! Al fin y al cabo, vaya! No hay que desconsolarse; deja á Guillelmilla, que ella lo arreglará; ella tiene su idea!

ANGEL. (Yo tambien tengo la mia!) Dime, Guillelma, ¿has tenido noticias de Reberto?

GUILL. Yo? Eso se queda para tí, su mejor amigo: tú fuiste á verle el año pasado á Paris, donde estaba de guarnicion, y habreis recordado vuestra tierna infancia. Á mí sin duda me ha olvidado, porque nunca me ha escrito; y yo estoy segura de que si le viera hoy, no le conoceria.

ANGEL. Pues entonces, ¿qué esperas? Qué idea es la que dice el tio Antonio que tienes? ¿Cómo estás al parecer tranquila y risueña, cuando van á despojar al abuelo de todo cuanto poseeis?

GUILL. Ya sabes que nos han enseñado á tener resignacion y sufrimiento. Mi abuelo dice que lo que le ha curado ha sido mi reclamo de alondra, y yo me acuerdo de que Roberto era lo mismo; alegre como el abril!

ANGEL. Es que yo he vivido demasiado en el estudio y aislamiento!

GUILL. Pues señor sabio, yo apuesto á que á pesar de eso os hago sonreir. Y si no, mirad hácia allá; vereis cómo viene hácia la iglesia la señorita Blanca de Rosel, fresca y linda, á pesar de su traje de luto.

ANGEL. Ah! Es cierto que si la viera venir sola, no podria ocultar mi sonrisa; pero mírala, viene acompañada de es baroncito, su pariente, que ha venido para hacer vender tus bienes: de ese Mr. Fitz, tutor de la señorita Blanca por la muerte de su madre, y que quiere obligarla á seguirle á Paris. No podremos, ni aun dirigirla la palabra.

ESCENA II.

DICHOS, BLANCA, FITZ y RAMPONEAU, detrás ALDEANOS.

FITZ. (Á Blanca) Yo vuelvo al castillo á dar las últimas órdenes; no olvides, mi querida pupila, que nosotros partiremos á Paris esta tarde.

BLANCA. Siempre que el señor baron me presente la órden del rey.

FITZ. Madama de Souvre, una de las damas de la reina, llega hoy, y debe traer esa órden, y acompañaros ella misma á Versalles; yo espero qne en ese caso no dudareis n opondreis la menor resistencia.

ANGEL. (Oyes? Ya no hay que vacilar!)

FITZ. Señor Ramponeau, esperad á que yo vuelva.

RAMP. Bien, señor. (Si pudiera escapar...) (Fitz toma á Blanca de la mano, y pasa por delante de Angel: los aldeanos, que la saludan respetuosamente, entran en la iglesia.)

ESCENA III.

ANGEL, GUILLELMILLA, RAMPONEAU, JUAN y ALISON, ALDEANOS y ALDEANAS.

JUAN. Quién viene á dar una vuelta al juego de bolos?

RAMP. Quién quiere que le convide por la adquisicion de mi nueva propiedad? (Es necesario aturdirse!)

JUAN. ¿Qué propiedad? El agujero de comadrejas? La herencia de la tia Grandolf?

ALISON. Ese monton de guijarros no vale la media pinta de vino que quereis dar! ..

JUAN. Por lo que os advierto, y dispensadme, señor Ramponeau, que no la echeis de propietario, porque oleis á enganchador. (Váse riendo.)

GUILL. Ah! Pobre señor! Los pardillos de este pais son muy ariscos para acudir fácilmente al reclamo!

RAMP. Ah! si al menos las pardillas no fueran asi... porque al

fin, á esos mozos, no les prometo mas que la vara de cabo, mientras que tú serás la dueña de mi corazon. Y de...

GUILL. Gracias, señor de Ramponeau, no quiero tantas alhajas! (Vase.)

RAMP. (Pues señor no se puede esperar ganar gran cosa aquí Con tal que no se pierda algo!)

ANGEL. (Bajo y apresuradamente á Ramponeau.) Insistis en la proposicion que me habeis hecho?

RAMP. Seguramente.

ANGEL. Esperad aquí. Dentro de un cuarto de hora os traeré firmado mi asiento de plaza! (Entra en la casa.)

RAMP. Ya entreveo algun rayo de consuelo! Pero si el baron me echa la garra encima... Ah! Dios mio! Hélo aquí!

ESCENA IV.

FITZ y RAMPONEAU.

FITZ. Ahora nos toca á los dos, señor Ramponeau. Mucho me regocija el volveros á ver!

RAMP. El señor baron es muy amable!

FITZ. Lo creeis asi, mi antiguo mayordomo?

RAMP. (Diablo!)

FITZ. Os habia perdido la pista desde hace un año, que por demasiado interés hácia mí, tuvisteis que dejar la casa. De proveedor de víveres, habeis pasado á serlo de hombres!

RAMP. Al principio de una guerra, no me parece muy malo mi nuevo empleo.

FITZ. No seais ingrato con el antiguo, señor Ramponeau! Entre las diferentes partidas que existen en vuestras cuentas, despues que dejasteis mi servicio, hay una que es en extremo atrevida; vos habeis recibido dos cuarterolas de vino de España; me habeis cargado en cuenta el coste de las dos, pero en mis bodegas no ha entrado mas que una.

RAMP. El señor baron me cree capaz...

FITZ. (Sacando un papel de la cartera.) Aquí teneis esta prueba firmada de vuestra mano, que no dejará mucha duda á los jueces!

RAMP. Á los jueces!.. Monseñor!.. Ah! Monseñor!.. Yo me figuraba que estando á vuestro servicio, tenia derecho de aplicar una parte de esos vinos generosos para mi gasto particular, por ser necesario á mi salud.

FITZ. Muy bien! ¿Y sabeis lo que se reserva á servidores de salud tan exigente?

RAMP. No... yo no sé... Se les aprisiona por algunos dias quizá...

FITZ. No... Se les ahorca!

RAMP. Cómo?

FITZ. Para poner coto á la estafa doméstica que hacia tiempo se sufria en la córte, nuestro soberano ha mandado que todo el que estafe cantidad que pase de cien francos, purgue en la cuerda su delito.

RAMP. Ah! sí, ahora lo recuerdo, monseñor.

FITZ. Mejor lo recordareis cuando os ahorquen.

RAMP. Perdon, señor baron!.. Qué ventaja os resultará de que me lleven á ese terrible patíbulo?

FITZ. El ver que triunfa la justicia. Ya estais advertido: hasta luego.

RAMP. (Se va!.. Yo ahorcado!.. Ah! Probemos!) Señor baron, por piedad, una palabra!

FITZ. Qué me quereis?

RAMP. Monseñor, vuestra fortuna no alcanza á sostener vuestro boato, y he podido adivinar estando á su servicio ciertos planes. Vos ayudais á monsieur de Maurepas para hacer la guerra á madama de Pompadour. Para la ejecucion de estos proyectos necesitais algun instrumento ciego y dócil, del que se pueda disponer sin misterio y sin escrúpulo.

FITZ. Me pareces demasiado perspicaz, pero afortunadamente eres poco peligroso.

RAMP. Al contrario! Me lisongeo de poderos ser útil. El señor

baron habrá comprendido que he vacilado un momento...

FITZ. Verdaderamente.

RAMP. Pero toda vez que mi cabeza va á ser del verdugo, quiero mejor entregárosla á vos, para que hagais de ella como de mi cuerpo lo que querais.

FITZ. Y para qué me sirve ni la una ni el otro?

RAMP. Para todo, monseñor! Yo hago á todos los palos!

FITZ. Tal vez pudiera utilizarte...

RAMF. Monseñor acepta? Ah! qué contento estoy!

FITZ. Para empezar tu nuevo estado se te proporciona una ocasion de servirme.

RAMP. Ya he sabido con placer que monsieur Fitz-Onall, á pesar de su orígen extranjero acaba de entrar al servicio de la Francia, con el grado de mayor general en el ejército. El señor baron necesitará hombres para alguna compañia?

FITZ. Necesito un hombre.

RAMP. Uno solo?

FITZ. Solo uno. Entre esa muchedumbre de pobres diablos que se venden, quisiera escoger, y comprar uno de esos seres que no piensan: uno de esos que se tienen por una especialidad.

RAMP. Precisamente tengo reclutado uno en las filas del rey

FITZ. Á que sea soldado, preferiria que ya lo hubiera sido; asi estaria mas acostumbrado á la obediencia. Entendedlo bien: ese hombre debe ignorar que me pertenece, y este es el primer secreto que debeis guardar. Veamos, qué clase de hombres teneis reclutados?

RAMP. En Caen, tengo á un chico cervecero.

FITZ. De malos antecedentes?

RRMP. Un valiente de taberna.

FITZ. Otro.

RAMP. Puedo ofreceros un pastor de Louvigny.

FITZ. Tiene familia?

RAMP. Sus padres y doce hermanos.

FITZ. No me conviene.

RAMP. Tengo un trillador de Brelteville, sin padre ni madre conocidos.

FITZ. Soltero?

RAMP. Viudo, con un cachorro de un año.

FITZ. Tampoco es eso lo que busco.

RAMP. Si el señor baron se dignase decirme lo que desea...

FITZ. Necesito un perdido, sin familia; sin lazo alguno; sin pasado y sin porvenir.

RAMP. Entonces, pronto tendré el hombre que monseñor desea.

FITZ. Yo necesito mas de uno para elegir.

RAMP. Si no corriera tanta prisa...

FITZ. Escucha; te doy cinco dias de plazo; durante estos cinco dias, te espero en Paris, donde dicen estas señas. (Escribe en un libro de memorias: rasga la hoja y se la da.) Madama Bontemps, calle de los Discípulos de San Honorato. Es una maga al servicio de Maurepas, mi amigo; me presentarás lo menos dos reclutas: allí sabrás lo que quiero hacer de mi hombre, y de tí.

RAMP. De mí tambien! Y despues de hacer todo lo que el señor baron me encargue, os dignareis devolverme mi manuscrito?

FITZ. Siempre que el servicio valga la pena; se trata de rescatar tu vida.

RAMP. Entiendo; mucho me costará.

FITZ. Qué es lo que tú mas deseas, á mas de evitar el patíbulo?

RAMP. Tener tres mil escudos para poner una taberna con una muestra que diga: «*Al tambor real.*»

FITZ. Pues de aquí á tres meses, segun tu proceder, serás tabernero ó ahorcado.

RAMP. Monseñor!...

FITZ. Ahorcado ó tabernero! (Váse.)

RAMP. Mi eleccion está hecha.

ESCENA V.

RAMPONEAU, ANGEL, á poco GUILLELMILLA.

ANGEL. No hay mas que hablar; nosotros salimos para Paris hoy mismo: no es asi?

RAMP. De aquí á tres horas.

ANGEL. (Dándole un pliego.) Hé aquí mi firma.

RAMP. (Dándoselo.) Hé aqui vuestro dinero.

ANGEL. (Guillelma en la grada de la iglesia.) (Guillelma! Silencio!)

GUILL. No está aquí ya?

ANGEL. No; puedes venir.

RAMP. (Ya estoy mas tranquilo! Ya tengo aquí á un recluta que puede convenirle al baron! Pleito por menos! Ahora, vamos á decir adios á mi propiedad!)

ESCENA VI.

ANGEL, BLANCA y GUILLELMA.

BLANCA. Dios no me desamparará; debo abrazar por última vez á mi pobre padre Francisco; necesito pedirle perdon: rehusa con altivez mis alhajas, lo único que me han dejado! Ah! Le venden en mi nombre sus bienes, cuando yo le daria cuanto poseo!..

GUILL. Aguardad un instante, querida señorita, yo voy á prevenirlo. (Entra en la casa.)

ANGEL. Conque ya no hay esperanza, señorita; vais á dejar á Rosel?

BLANCA. Sí, señor Angel; voy á dejar mi querido valle, el castillo donde ha vivido mi madre, el pequeño salon azul...

ANGEL. Donde vuestra madre se sentaba junto á la ventana, á trabajar en alguna labor para los pobres, vos á su derecha, delante de vuestro velador; yo á la izquierda hojeando mis cuadernos sobre mis rodillas.

BLANCA. Y asi todas las tardes, vos me enseñabais la historia!

ANGEL. Vos y vuestro madre me la haciais conocer. Yo os decia lo que habian hecho los hombres, los pueblos, los reyes; y yo los juzgaba segun vuestra opinion.

BLANCA. Vos nos leiais versos...

ANGEL. Que yo comprendia por vuestra emocion! Oh! En aquellos felices momentos me olvidaba á vuestro lado de que soy un pobre huérfano sin nombre, y aun me creia vuestro igual!

BLANCA. Lo poco que sé os lo debo á vos! De vos he aprendido á conocer lo que es un alma noble y generosa!

ANGEL. Señorita... (Guillelma sale de la casa.)

GUILL. El abuelito os espera.

ANGEL. Señorita, recuerdo lo que mas tarde me decia madama Rosel hablando del baron Fitz. «Su padre fué un aventurero irlandés, que habia engañado á la hermana de vuestra madre para casarse con ella, y la hizo morir de dolor!» Pues bien! El hijo es tan audaz y tan malvado como el padre. ¿No abrigará ese hombre un odioso designio al querer obligaros á seguirle á la córte de Luis quince?

BLANCA. Y cómo resistir mas si estoy sola en el mundo? Si el único tio que me quedaba, el duque de Armentieres, hace un mes que he recibido la noticia de su muerte? Estoy sola, sí! Me veré en la córte entre mil peligros, sin ver á mi lado una cara conocida!

GUILL. Consolaos, señorita, que siempre tendreis una.

BLANCA. Cuál?

GUILL. Qué diriais si supierais que era yo? Que el baron me ha aceptado para vuestro servicio?

BLANCA. Es posible?

ANGEL. Y qué diriais si de lejos ó á hurtadillas os siguiera yo á donde quiera que vayais?

BLANCA. Vos tambien! Oh! Entonces me pareceria que no habia abandonado á Rosel.

GUILL. Id á ver al abuelito. Yo tengo que hablar al tio Antonio. (Entran en la casa Angel y Blanca.)

ESCENA VII.

GUILLELMA, ANTONIO, JUAN, ALISON, ALDEANOS y ALDEANAS, en seguida RAMPONEAU.

GUILL. Y bien, tio mio?

ANT. Es cosa hecha, nadie se quedará con la finca mas que tú ó yo!

GUILL. Pues tomad, ahí está el salario de tres meses que me ha dado el baron.

RAMP. Socorro! Favor! (Dentro.)

ANT. Qué gritos son esos?

GUILL. Calla! Es el señor Ramponeau! Cómo viene!...

RAMP. (Saliendo muy asustado y temblando, el cabello erizado, la ropa descompuesta y sin poder articular de miedo.) Soco... so... soco... rredme!

ANT. Qué sucede?

JUAN. Qué le pasa?

RANP. Me sigue? Viene detrás de mí?

TODOS. Quién?

RAMP. Él!... Él!...

GUILL. Quién es él?

RAMP. El diablo!

GUILL. Os habeis vuelto loco, señor Ramponeau?

RAMP. Ay, amigos mios!... Defendedme!... Voy á... contároslo todo! Habia ido á dar una vuelta por mis propiedades... cuando al llegar, ví de lejos en medio de mi campo una cosa grande que se movia, era una bestia extranjera! Muy enjaezada con bronces y con instrumentos bárbaros, que se estaba comiendo y destrozando todo el cesped.

ALISON. Las ortigas!

RAMP. Yo no tengo mal corazon, pero á nadie le gusta que le coman su hacienda. Me lanzo sobre el animal y quiero sacarlo de la brida. Entonces me enseña los dientes haciendo... hin! hin! Voy á arrojarlo por otro lado y me suelta una coz abriendo un hocico como la boca de un

horno... Oh! entonces monto en cólera, agarro una estaca, y le descargo dos buenos estacazos; en esto oigo una voz de trueno por detrás de mí, que me grita... «bergante!»

ANT. Bien dicho! (Dándole un golpe en el hombro.)

RAMP. Ay! ay qué miedo! Creí que era él! hijos mios! él va á venir! Es necesario que me oculteis tres ó cuatro meses!...

ANT. Pero sepamos quién va á venir.

RAMP. Un soldadote de siete pies de alto! muy negro y con unos bigotazos!... Es decir... Como podeis figuraros, yo no le he visto mas que asi... en globo! Yo escapé como una ballesta: pero detrás de mí sentia un gran ruido de hierro, votos y juramentos, y las pisadas precipitadas de unas botas de diez leguas de largas; yo me ahogaba de miedo; de pronto me hallo delante de un arroyo, una zanja de quince pies, y cuando lo estaba midiendo para saltar, paf! Una gran bota me tocó por detrás, y entonces... la bota, el miedo, el brinco... han hecho tal impresion en mí, que yo no sé cómo, me encontré de hocicos sobre el otro lado!

TODOS. Já! já! já! (Riéndose.)

RAMP. Eso es! reirse ahora! Tiene mucha gracia el asunto!

GUILL. Creo muy difícil que os libreis de esas botas.

RAMP. Asi es, que mientras me daba con los talones donde yo me sé, oia una voz horrible que me gritaba... «Yo te »atraparé en Rosel, miserable, aun cuando para encon»trarte tenga que entrar á sangre y fuego.»

TODOS. Ah! (Asustados.)

GUILL. Á sangre y fuego!

RAMP. Asi lo dijo!

JUAN. Ah! El caballo y el soldado!

RAMP. Socorredme!

TODOS. Sálvese el que pueda! (Roberto sale á caballo al trote: gritos de espanto: trastorno general: todos huyen menos Ramponeau, que al querer huir se cae cerca de la grada de la iglesia.)

ROBERTO. ¡Soberbia entrada! (Apeándose.)

ESCENA VIII.

ROBERTO y RAMPONEAU.

ROBERTO. Hola! Esta bota me parece que ve allí unos calzones conocidos. Tienes miedo! (Teniendo el caballo de la brida.)

RAMP. Perdon!

ROBERTO. Yo no tengo que perdonarte; no soy yo el que está incomodado contigo; es Zemira, que está presente, ven á pedirla perdon.

RAMP. Con mucho gusto. (Acercándose medroso.)

ROBERTO. Vamos, habla! Sé elocuente; dile á mi yegua... «Señorita»...

RAMP. Cómo señorita!

ROBERTO. Vamos! (Con voz de trueno.)

RAMP. Señorita, yo os he pegado sin intencion, creí que erais una yegua de poco mas ó menos; asi es que la suplico me perdone por haberme tomado la libertad...

ROBERTO. Basta! Zemira es generosa, y yo soy dichoso: esa es tu suerte; ahora espera; ten un poco á Zemira.

RAMP. Yo!...

ROBERTO. Te opones?... (Echando mano al sable.)

RAMP. Qué me he de oponer? (Cogiendo la brida.) Pues pedis las cosas con poca amabilidad para que uno se niegue... (Roberto da algunos pasos hácia la casa y se detiene conmovido: despues se adelanta á la ventana.)

ROBERTO. Ah! Allí está, sentado al sol! Qué buen hombre! Angel! qué conmovido está! Y aquella no es Guillelma? No! Debe ser la hermosa señorita del castillo: delante de ella no me voy á atrever á abrazarlos á mi satisfaccion: esperaré á que salga, y despues quiero ver si me reconocen! Y bien? No te ha tragado Zemira? (Volviéndose á Ramponeau.)

RAMP. No! Estoy pensando que vos teneis todo el aire de un buen chico.

ROBERTO. Bastante bueno, y no mal mozo, eh? Toca ahí! (Dándole la mano)

RAMP. Allá vá! Vos sois de este pais?

ROBERTO. Sí.

RAMP. Y esta bestia... es vuestra?

ROBERTO. Como Versalles del rey.

RAMP. Y traeis vuestra licencia absoluta?

ROBERTO. Cumplida, firmada y rubricada!

RAMP. ¿Sabeis que uno con otro, Zemira y vos, valeis ochenta escudos?

ROBERTO. Calla! ¿Has estado tú alguna vez en estos negocios?

RAMP. Y lo estoy todavia! Oh! Como comerciante!

ROBERTO. Sí! eso es! Y yo, como mercancia!

RAMP. Y si quereis reengancharos en la caballeria, os doy cien escudos.

RAMP. Gran bocado! (Desaparejando la yegua.)

ROBERTO. No quereis? Vendreis á vivir con vuestros padres?

ROBERTO. No los he tenido jamás!

RAMP. Vamos! hijo de la fortuna! Sois soltero?

ROBERTO. Soltero.

RAMP. Que me place! Por qué diablo dejais el servicio? No os agrada?

ROBERTO. Extremadamente; he hecho tres campañas; he estado en dos sitios, y en cuatro batallas!

RAMP. Bravo por Marte! Y Venus, eh? Qué tal os ha tratado?

ROBERTO. He tenido algunos azares, y he sido robado por mas de alguna duquesa.

RAMP. Chusco sois! habeis nacido para soldado!

ROBERTO. Es verdad! Siempre he andado á son de caja.

RAMP. Amigo, escuchadme! Partid conmigo para Paris esta tarde y para el ejército de Flandes dentro de quince dias, y os doy... os doy cuatrocientas libras, y os mantengo y pago el hospedaje en Paris.

ROBERTO. Toma; lleva todo eso á la cuadra. (Poniéndole encima la silla, bridas, etc.)

RAMP. Pues me gusta. ¿Soy yo criado vuestro?

ROBERTO. Eso te servirá de entretenimiento. Marcha! (Con voz de

trueno.)

RAMP. Ya marcho. (No hay medio de negarse con este Herodes!) (Entra en el patio de la casa izquierda.)

ROBERTO. Ya ves, mi buena Zemira! Nos ofrece cuatrocientas libras para volver á marchar... pero está tranquila, harto hemos pateado y nos hemos batido heroicamente, hallándonos como dos mariposas, siempre en medio de fuego! Yo atrapé un balazo en Fontenoy, y tú un lanzazo en Rocour! Y volver otra vez!... no! ya es tiempo de descansar! He vuelto á mi aldea! Es tan grato respirar los aires nativos! Muy triste seria volverse á despedir de nuevo de estos valles; de esos caminos; de los ruiseñores; de las vacas, de las casas de campo y de vosotros, hermosos manzanos, con vuestras verdes hojas, vuestras blancas flores y vuestros pintados frutos!...

RAMP. (Saliendo.) Está hecho vuesto encargo!

ROBERTO. No has visto á nadie por ahí?

RAMP. No; todos han escapado; son unos cobardes! Hay pocos curiosos en este pais. (Risas y cuchicheos en el bosquecillo al lado de la iglesia.)

ROBERTO. Pero me parece que hay dichosamente alguna curiosa. Vamos! Voy á darte un verdadera prueba de confianza.

RAMP. ¿Vais á decirme quién sois?

ROBERTO. Voy á confiarte á Zemira. Ofrécela cortesmente la mano hasta el prado y deja al pobre animal allí libre y al fresco.

RAMP. Pero...

ROBERTO. Hileras á la izquierda! Al trote!... (Dándole un media vuelta.)

ESCENA IX.

ROBERTO, GUILLELMA y ALDEANAS.

ALD. 1.ª Señor militar; sois el hijo de la Bastemente?

ROBERTO. Puede ser muy bien; le conoceis vosotras?

ALD. 2.ª Os llamais Tomás?

ROBERTO. No digo que no! Miradme bien.

GUILL. No os conocemos!

ROBERTO. Pues yo os conozco mucho: (Con emocion.) os llamais Guillelmeta; es verdad, Juana? (Á la aldeana 1.ª)

ALD. 1.ª Sabe nuestros nombres!

ROBERTO. Por lo mismo tengo derecho de abrazaros!

GUILL. Esperad! Cá! imposible! (Tratando de reconocerle.)

ROBERTO. Imposible el abrazarme?

ALD. 1.ª Sois pariente?

ALD. 2.ª Vecino?

GUILL. Primo?

ROBERTO. Primo del lado del corazon. Parentesco á treinta y dos grados de Reaumur!

GUILL. No! Este no puede ser Roberto!

ROBERTO. Prenda! prenda! Me debes una prenda!

ALD. 1.ª Usted nos debe primeramente su nombre!

ROBERTO. Cómo es eso? ¿No quereis fiarme un abrazo? Ya hace dos horas que el corazon me brinca por reconocer y saludar hasta á las piedras de la aldea, y nadie me reconoce! Ah! Yo necesito abrazar cualquier cosa! (Abrazando con un brazo á la Aldeana 1.ª y con el otro á la 2.ª)

ALD. 1.ª Pues me gusta! Somos nosotras cualquier cosa?

ROBERTO. Figuraos que no sois vosotras á las que abrazo! Es que saludo á mi pais (Abraza á la 1.ª) En tí abrazo á mi querida aldea. (Abraza á la 2.ª) En tí, á sus frondosos campos! (A Guillelmina.) En tí, á sus delicadas flores. (Á otra.) En tí, á las sonrosadas manzanas.

RAMP. Y en mí? (Entrando y poniéndoselo delante.)

ROBERTO. A los alcornoques! (Haciéndole pasar por debajo del brazo. Redoble de tambor.)

ESCENA X.

LOS MISMOS, el JUEZ, ANTONIO, JUAN, ALISON, gentes del pueblo que van llegando poco á poco; despues ANGEL.

ROBERTO. Calle! El tambor! Eso no será llamada.

ALISON. Si es para la venta.

ROBERTO. Qué venta?
ALISON. La venta de la casa y el campo del padre Francisco.
ROBERTO. Que van á venderlas?
ALISON. Es claro! Para pagar lo que él debe.
ROBERTO. (Y yo que nada sabia! Pobre Francisco! Enfermo! Á sus años! Ah! Hace poco me propusieron... eh! señor reclutador, miradme bien! (Llevándolo aparte.) Soy buen mozo; la yegua con su montura son excelentes! Mi uniforme nuevo; mis armas, buenas; yo lo vendo todo!)
RAMP. Yo no me retracto!
ROBERTO. Venid, nos arreglaremos! (Se van los dos. El Juez en medio del escenario: el tambor detrás: los Aldeanos y Aldeanas forman círculo: Angel, Guillelma y Antonio en nn grupo junto á la casa: Redoble de tambor: Roberto sale oculto detrás de Ramponeau.)
JUEZ. Vamos á proceder á la venta de los bienes de Francisco Gredelú. Para comodidad de los compradores se harán dos lotes separados; se procederá primero á la venta del campo con su cerca, tasado en ciento cincuenta libras, veamos! Nadie habla? Pues bien, á cien libras; á ochenta; á sesenta...
ANT. Á cincuenta.
JUEZ. Cincuenta libras. Pujad! pujad!
RAMP. Sesenta! (Obligado por Roberto que le da con el pié.)
ANT. (Ah! no habiamos contado con este pícaro!) (Aparte á Guillelmilla: mormullo general.)
RAMP. Yo quiero ser propietario de otra cosa que de ortigas.
ANT. Sesenta y cinco libras!
RAMP. Ochenta!
ANT. Ochenta y cinco!
RAMP. Noventa! (Antonio vacila.)
JUEZ. Noventa! Nadie da mas?
ANGEL. Yo doy cien libras! (Adelantándose.)
GUILL. y ANT. Tú! Angel!
RAMP. Yo doy...
ROBERTO. (No deis nada! Es Angel quien puja!)
JUEZ. Vos dais!...
RAMP. No, no! Yo no doy nada.

JUEZ. Cien libras! Cien libras! Nadie da mas?... Adjudicado!

GUILL. (Dios mio! De dónde sacará Angel ese dinero!)

ANT. (Tranquilízate!) (Angel da el dinero al Juez.)

ROBERTO. (De dónde diablos ha sacado Angel esa cantidad?)

RAMP. (Pardiez! de mi bolsillo!)

ROBERTO. (Cómo?)

RAMP. (Le he enganchado.)

ROBERTO. (Ah! mi buen Angel!)

JUEZ. Ahora la casa, en sesenta escudos. Yo la creo barata. (Pausa.) Cómo! Nadie habla? Pues bien; á cien libras.

ROBERTO. (No tienen un sueldo. Vamos.)

RAMP. Á cien libras!

ANT. Ciento cinco!

RAMP. Ciento cincuenta!

ANT. Ciento cincuenta y cinco!

RAMP. Doscientas (Guillelma mira suplicante á Antonio. Ángel está aterrado.)

ANT. (Oh! Pero es terrible!) Doscientas cinco!

RAMP. Doscientas cincuenta!

ANT. Vaya el resto! Doscientas cincuenta y cinco!

ROBERTO. (Pujad! pujad!)

RAMP. Trescientas libras!

ANT. He hecho cuanto he podido! (Angustia general.)

JUEZ. Trescientas libras! (Pausa.) Nadie da mas? Adjudicada!

GUILL. Todo se acabó! Adios, nuestra pobre y querida casa! (Llorando.) Mi buen tio! Usted recogerá á mi abuelito, no es verdad? (Al Juez.) Ahí estan las llaves, entregadlas al nuevo propietario!

JUEZ. Tomad las llaves de vuestra casa. (Dándoselas á Ramponeau, este las toma y dice dándoselas á Roberto.)

RAMP. Querido! sois dueño de abrir y cerrar cuando gusteis.

ROBERTO. Guillelmeta, recobra las llaves de tu casa. (Presentándole las llaves á Guillelma. Sorpresa general.)

ANGEL. Roberto! (Corriendo á abrazarle.)

GUILL. ¡Era él!

ANGEL. Hermano mio!

ROBERTO. Sí, am igos mios! Abrazadme! Mi buen Angel! Querida

Guillelmeta!

GUILL. Otra vez te deberemos nuestro porvenir y la vida de mi abuelo.

ROBERTO. Vamos! Vamos! Qué tonteria!... Este momento vale mas que la gloria de cien batallas!...

ANGEL. Mi amigo! Mi hermano.

ROBERTO. Basta! Basta! Me haceis llorar, y eso es mengua para Roberto el Bravo! Para el veterano que se ha batido riendo!... Ahora vamos á ver al padre Francisco! Ah! La señorita de Rosel.

ESCENA XI.

DICHOS, FITZ y BLANCA.

FITZ. (Á Blanca.) Madama de Souvré os espera en el castillo: nosotros partimos para Paris dentro de una hora.

ROBERTO. Se va á Paris? (Á Angel.)

GUILL. Y yo tambien!

ANGEL. Y yo!

ROBERTO. Y yo!

RAMP El Baron tiene ya donde escoger. (Señalando á Angel y Roberto.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala de descanso ó antesala en casa de la Bontemps. Aspecto muy sencillo de un antiguo edificio plebeyo. Puertas laterales: puerta al foro, á la derecha en primer término una ventana: á la izquierda en segundo una escalera que se pierde en las bambalinas, por la que se supone se sube al desvan. Una mesa en medio del escenario; varias sillas.

ESCENA PRIMERA.

MAUREPAS, junto á la ventana, FITZ y RAMPONEAU, á poco MADAMA de POMPADOUR y GUERNAY.

FITZ. Habeis entendido? En cuanto veais á esa aldeana y su compañero, venid á avisarme.

RAMP. Está bien! (Si no temiera tanto á la horca!) (Váse.)

MAUR. Ella vendrá! La Bontemps está de mi parte; ellos vienen á saber el porvenir, y me dan los medios de arreglar á mi gusto el presente. Mi cara enemiga no sospecha que su incógnito me proporciona la mejor ocasion de desprestigiarla en el favor del rey!

RAMP. (Dentro.) Por aquí, entrad por aquí!

MAUR. Ella es! Venid, baron! (Maurepas y Fitz se ocultan en la

puerta izquierda. Ramponeau introduce á madama Pompadour, que viene vestida de mujer del pueblo, y á Guernay.)

GUER. Cuando os dije que estabamos citados y que madama Bontemps debe esperarnos...

RAMP. Pues entonces pasad á la cámara de los oráculos. (Se van los tres por el foro.)

MAUR. Perfectamente! (Saliendo con el baron.) El doctor Guernay viene acompañando á la disfrazada madama de Pompadour! Pero un filósofo es pequeña defensa. El mariscal de Saxé hace la guerra en Flandes con una actividad del diablo, y el rey tendrá necesidad de formar su ejército antes que se creia! quizá dentro de tres dias.

FITZ. Y el señor conde cree tener tiempo...

MAUR. ¿No habeis observado que el rey va todas las tardes á vér á la reina desde la llegada de vuestra encantadora prima la señorita Blanca de Rosel? Creo que antes de quince dias caerá del favor madama Pompadour, y vos habeis hecho vuestra fortuna.

FITZ. Estoy arruinado, y aun cuando adquiera algun crédito, eso no constituye una fortuna.

MAUR. Pero y ese pariente que tan dichosamente habeis encontrado?

FITZ. La herencia le pertenece toda entera, y no tengo que ver nada en ello!

MAUR. Bien, pero un muchacho que no era nada, que no tenia nada, y gracias á vos se encuentra noble y millonario, no debe ser ingrato. Dónde está? Quién es?

FITZ. Es un medio campesino ignorante y rudo; ya tendreis ocasion de verle: ha consentido en seros presentado.

MAUR. Cuando querais... Tengo curiosidad de verle. Salgamos, va á moverse la zambra, y yo estoy por la comodidad.

FITZ. Tengo que hablar con ese hombre que está á mi servicio.

MAUR. Pues hasta la tarde en Versalles. Es muy bello, baron, tener en su mano los alambres que ponen en movimiento á todas esas marionetas vivientes! (Váse derecha.)

ESCENA II.

FITZ.

Teneis razon, señor conde; solamente que vos no sospechais ser una de tantas, y que el alambre que os mueve está en mi mano. Es muy bello!... Yo explotaré estos alambres, porque Maurepas me responde de madama de Pompadour; de Maurepas el rey, y del rey Blanca de Rosel! Á esta deberé mi crédito; al otro que no conozco, mi fortuna.

ESCENA III.

FITZ y RAMPONEAU.

FITZ. Ramponeau, ayer tarde llegamos á Paris, y has instalado allá arriba tus dos bribones? (Señalando la escalera.)

RAMP. Sí, señor baron, en la buardilla. Ellos estan mal, pero ahí estan.

FITZ. Quiero verlos.

RAMP. Dos mio! Yo no esperaba al señor baron, y no he podido impedir que salieran.

FITZ. Ah! Torpe! Me dijiste que uno de tus individuos...

RAMP. Decia que uno de ellos es preferible al otro: es alegre, jovial; y si me permitis emitir mi opinion...

FITZ. No lo permito.

RAMP. Perdonad.

FITZ. Responde á mis preguntas y no te metas en mas! Me has dicho que ninguno de los dos tiene familia.

RAMP. Sí, señor.

FITZ. Cuál de los dos ha servido?

RAMP. Roberto.

FITZ. Cuál ha sido instruido en el colegio de Caen?

RAMP. Angel!

FITZ. El otro es suficientemente ignorante?

RAMP. Yo creo que sabe leer; ni mas ni menos. (Tú no quieres que te dé mi opinion, pero yo sé la tuya!)

FITZ. No hay que vacilar. Yo haré venir aquí á Guillelmeta. Vos os arreglareis de suerte que vuestro soldado no salga, sino despues de haberla visto.

RAMP. Os advierto que Roberto la conoce.

FITZ. Ah! Diablo!... Pero quizá sea mejor, asi caerá mas pronto en el lazo. Sin embargo, estarás presente para que ella no diga mas que lo que deba decir. En seguida tomarás el coche de Versalles, adonde irás á darme cuenta de lo que ha pasado. Te espero en mi habitacion del castillo: para él serás su mayordomo.

RAMP. Oh! (Con orgullo.)

FITZ. Para mí, su guardian.

RAMP. Ah! (Con disgusto.)

FITZ. Serás pagado como merece.

RAMP. Y me dareis mi antógrafo?

FITZ. Serás pagado te he dicho, mejor de lo que esperas. Tú serás la base ó instrumento de una poderosa intriga; tu mision se reduce por ahora, á ver y callar. Hasta la tarde... Ah! si oyes luego rumores fuera de aquí, no te mezcles en nada, lo entiendes?

RAMP. No os comprendo bien.

FITZ. No importa! Toma tu salario. (Le arroja una bolsa y se va puerta derecha.)

ESCENA IV.

RAMPONEAU, á poco ROBERTO y ANGEL.

RAMP. Mi salario! Si no fuera por el temor de la horca, no te serviria yo! Qué diablos tramará con Roberto y conmigo? Ah! yo lo sabré bien pronto. Me parece oir á los inquilinos del camaranchon. Mi futuro amo ha dormido casi al aire libre, y tiene derecho á estar uraño conmigo. (Salen Angel y Roberto, este con un cesto de manzanas y un pan muy grande.)

ROBERTO. Ten calma, hombre! Puesto que sabemos el nido, no

tardaremos en hallar el pájaro. Pero antes que todo es almorzar. Zemira tiene ya su racion, y yo voy á devorar la mia! (*Angel sin responderle va á sentarse cerca de la mesa, Roberto pone en ella la cesta y repara en Ramponeau.*) Hola, buenos dias, patron!

RAMP. Buenos dias.

ROBERTO. Parece que estais un poco mohino; ¿no nos preguntais cómo hemos pasado la noche bajo vuestro techo?

RAMP. (Ya pareció aquello!) Comprendo que no estais contentos, pero...

ROBERTO. Yo estoy contentísimo! Nuestro tabuco es muy ventilado; precisamente estaba mi colchon bajo la misma lumbrera, y tenia el cielo por techo; he visto la salida de las estrellas, y habia sobre mi cabeza una entre todas, que por su brillo la he contemplado con simpatia. Ya veis que debo estar contento, porque he dormido con buena estrella.

RAMP. Teneis un carácter tan excelente, que es preciso que todos os quieran. Por eso os preparo algo bueno.

ROBERTO. Algo bueno? Bah?

RAMP. Pero con la condicion de que en todo el dia no os movais de aquí!

ROBERTO. Amigo mio, nosotros hemos vuelto á almorzar, y á tratar de algunos negocios; pero contad con que despues nos volveremos á correr por ahí; yo no tengo calma para pasar un dia de centinela.

RAMP. Pues bien! almorzad, y hablad; pero no os vayais sin avisarme; es todo lo que os pido. Estamos convenidos?

ROBERTO. Convenidos! (*Váse Ramponeau por el fondo.*)

ESCENA V.

ROBERTO y ANGEL: *aquel le da á este en el hombro.*

ROBERTO Angel!

ANGEL. Amigo mio!

ROBERTO. Y bien! Ya sabemos que ella está en Versalles, en el castillo, puesto que el baron Fitz vive allí. Esto ya es algo!

ANGEL. Sí! Algo que me espanta! Que me exaspera!

ROBERTO. En fin, qué te ha dicho tu antiguo camarada del colegio de Caen, con quien has hablado dos horas largas?

ANGEL. Es uno de los secretarios de monsieur de Souvré, y por consiguiente está enterado de cuanto pasa por la córte.

ROBERTO. Y qué pasa de interesante para nosotros?

ANGEL. Tú sabes que en Versalles se agita un gran partido, cuyo jefe es Maurepas, para dorrocar á cualquier precio, y reemplazar á madama Pompadour, la actual favorita?...

ROBERTO. Por mi vida que no sabia nada, y te confieso que me es igual. Yo no encuentro que haya necesidad de cambiar de favorita.

ANGRL. Es que en esa intriga de Maurepas es el baron Fitz e brazo derecho.

ROBERTO. Y bien?

ANGEL. Por qué arrastra á la fuerza á la señorita Blanca á la córte?

ROBERTO. Ya lo sabremos; mañana iremos á Versalles; veremos á Guillelmeta: tenemos tres dias; hay lugar para todo: entre tanto, almorcemos!

ANGEL. Y qué haremos sin dinero! sin libertad! Qué podemos ni qué somos?

ROBERTO. Cómo que qué somos? Sihablas por mí, es otra cosa: me encontraron desnudo como un San Juan en un camino: mis desconocidos padres se conoce que renunciaron enteramente á mí: evidentemente, yo no debo ser gran cosa! Pero tú, Angel, tú! tu posicion es mejor que la de otros, que limitados á su nacimiento ya tienen echada la suerte; mientras que tú, sin límites en tu esperanza, no sabes lo que puedes ser: yo no te cambiaria por un duque!

ANGEL. (Sacando un rosario del pecho.) Mi esperanza! Toma! ahí tienes toda mi esperanza; este rosario esmaltado que llevaba al cuello cuando me recogieron junto á mi no-

driza muerta. Lleva grabadas las palabras que precedieron la salutacion angélica. «*Angelus domini nuntiabit Mariæ,*» por eso me pusieron el nombre de Angel. Esta mañana he querido venderlo por ciento veinte libras.

ROBERTO. (Quitándole el rosario.) Estás loco! La única prueba que puede justificar tu nacimiento; un tesoro quizás, ibas á darlo por un pedazo de pan! Hombre, tú no piensas mas que en tí!

ANGEL. No, Roberto! Comprendo tu buen corazon y tu cariño hácia mí, única realidad en que confio!

ROBERTO. Gracias, querido! Es verdad que tú eres mi primero, mi mejor amigo! Porque Zemira comprende mucho, pero nunca me contesta!

ANGEL. Y Guillelmeta?

ROBERTO. Es una niña! Tú eres un hombre; tú tienes talento; tú eres mi cabeza; yo seré tus piés y tus manos! Nosotros somos el uno para el otro, padre, hermano, toda la familia! Toma! guarda tu tesoro.

ANGEL. No; consérvalo; en tu poder está mas seguro; yo caeria en otra tentacion... cuando pienso que no tenemos dinero para ir á Versalles!

ROBERTO. Yo guardaré tu tesoro! Dinero! para nada lo necesitamos; eso es bueno para los ricos, que no tienen otra cosa. Yo pienso no necesitar de mi bolsillo, es verdad que no le tengo. Reniego de todo lo que se compra!.. Todo cuanto hay bello y apreciable en el mundo se adquiere gratis. Se compran acaso el amor, el honor, el apetito, el corazon, la salud, la alegria, el carácter? No! nada bueno se compra; solo se vende lo que vale menos que el dinero! Vaya! vaya! Yo tengo hambre: comamos estas manzanas y Paris y Versalles son nuestros! Tú no tienes mas que seguirme.

ANGEL. Sí; yo me abandono á tí. Ahora subo á escribir al padre Francisco; sabes que se lo prometí. Despues volveré á buscarte.

ROBERTO. Y tus manzanas?

ANGEL. No quiero nada, gracias. (Sube por la escalera.)

ESCENA VI.

ROBERTO, á poco MADAMA DE POMPADOUR y GUERNAY, despues RAMPONEAU.

ROBERTO. (Se dirige á la mesa y dice oyendo abrir la puerta del fondo.) Ah! Estos amantes! Quien duerme, come; pero quien ama ayuna. Ya está aquí Ramponeau: adelante, villano! (Se vuelve y ve á la marquesa y á Guernay) Diantre! Me he equivocado!

GUERNAY. Estais contenta del horóscopo?

POMP. Es como las nubes, no se puede leer en él todo lo que se quiere. (Vánse la marquesa y Guernay por la derecha.)

ROBERTO. Hé ahí una niña á quien desearia ofrecer una manzana. Estoy seguro de que no perderia su paraiso... al contrario; junto á ella, todo seria fragancia, todo belleza y lozania! (Rumor fuera.) Calla! Qué es eso? Cualquiera diria que es una refriega. (Va á la ventana.) Qué cuadrilla! Pero es mi belleza á quien rodean! Vive Dios! Parece que la amenazan... Aquí de mi alfiler! (Tira de la espada y se lanza puerta derecha.)

RAMP. (Sacando la cabeza por la puerta del foro) Yo no me mezclaré en nada, pero bien puedo mirar. (Va á la ventana.) Bueno! Allá está Roberto! (Se oyen gritos.) Oh! Qué es lo que gritan? Abajo la misericordia! Es esa comercianta! Si será... Pero aquí vuelve... no me mezclaré en nada! (Se va precipitadamente por la puerta del foro.)

ESCENA VII.

MADAMA DE POMPADOUR y GUERNAY, á poco ROBERTO.

GUERNAY. Vuestro capricho nos ha proporcionado esta bella aventura.

POMP. Reconozco en esto la mano de Maurepás. Él por desvirtuarme en el ánimo del rey, me ha armado esta emboscada. (Ruido fuera.) Ese bravo soldado... ¿Qué será de él?

GUERNAY. (Á la ventana.) Les está hablando! se rien con él. (Risas fuera.)

POMP. Mi buen Guernay, es necesario que por esta otra puerta vayais á buscar otro carruaje sin armas ni librea: que os acompañe Honorin solamente. Hareis que se detenga en la alhóndiga, y vos vendreis á buscarme. Id, el mas complaciente y regañon de los filósofos!

GUERNAY. Sí, en buenos apuros poneis mi filosofía. Ah! Nuestro héroe. (Sale Roberto.)

ROBERTO. Uf! Qué gentes tan testarudas!—Cuando os repito, gansos, que no es madama de Pompadour! ¿Y el carruaje que lleva sus armas?—Y bien! La marquesa ha mandado en uno de sus carruajes á esa linda comercianta, que le habrá vendido alguna mercancia.—Eso es lo que me habeis dicho, caballero! (Á Guernay.)—No!—Sí!—Pero!...—¡Qué gritos! Qué fieras!

POMP. Y vos estabais solo contra todos ellos?

ROBERTO. No! afortunadamente estaba conmigo mi espada!

POMP. Os estoy muy agradecida; vos me habeis salvado.

ROBERTZ. Yo os he ofrecido la mano para pasar un arroyo, ni mas ni menos; ahora, ya está libre el camino!

POMP. Perdonad; yo no soy muy valiente; y si lo permitis, esperaré todavia algunos momentos.

ROBERTO. Si lo permito!

POMP. Querido tio, vais á buscar lo que hemos convenido! ¿No es verdad?

GUER. (Pensad sin embargo, señora...) (Bajo.)

POMP. Id! Nada tengo que temer. Estoy con este caballero y con su espada.

ESCENA VIII.

POMPADOUR y ROBERTO.

ROBERTO. Muy bien dicho!

POMP. Podré tener confianza?

ROBERTO. Os doy mi palabra! Yo no soy tímido, pero tampoco te-

merario.

POMP. Dos cualidades de soldado. Servís en caballeria?

ROBERTO. Sí, señora.

POMP. ¿Puedo preguntaros vuestro nombre?

ROBERTO. Yo soy normando; allí hay muy buena gente, me llamo Roberto; en mi pais me apellidan el alegre, y en el regimiento me han puesto por apodo el Bravo!

POMP. Eso no es apodo, es cualidad vuestra.

ROBERTO. Gracias. Y vos no quereis decirme quién sois?

POMP. Para qué?

ROBERTO. Para nada. ¿No os sentais?

POMP. (Sentándose al lado de la mesa.) Hermosas manzanas! Dios mio! Vos estabais almorzando quizás?

ROBERTO. Es verdad! Iba á almorzar.

POMP. Ah! pues por mí no espereis, que no os sirva de molestia mi presencia.

ROBERTO. Delante de vos?... (Qué idea!) Delante de vos no almorzaré á menos que...

POMP. Qué?

ROBERTO. Á menos que no querais acompañarme.

POMP. Gracias. (Riendo.) He almorzado. (Estaria bien, la marquesa de Pompadour, la favorita del rey, almorzando con un soldado!)

ROBERTO. Supuesto habeis almorzado, estos son los postres: (Presentándole el canastillo.) sin ceremonia, os las ofrezco con buena voluntad! ¿No quereis? Entonces no me atreveré á comer delante de vos, y confieso que me muero de hambre!

POMP. Oh! yo no quiero dejar morir á mi salvador!

ROBERTO. Aceptais? Divino! Yo os serviré, os cuidaré. (Se sienta sobre la mesa y empieza á escoger entre las manzanas.)

POMP. Qué loco! Me parece que estais un poco tocado; teneis aquí... (Señalando la frente.)

ROBERTO. Sí, una estrella he tenido toda la noche sobre mi frente.

POMP. (Riendo.) Já! já! Por fortuna, vuestro festin no se os subirá á la cabeza.

ROBERTO. No respondo de ello! Las manzanas son muy peligrosas desde nuestro padre Adan. Esta es la mejor! Y como dice la pintura del Puente Nuevo: (Ofreciéndosela.) Á la mas linda! (Se la da.)

POMP. Gracias! (Roberto saca el cuchillo y parte el pan por medio.)

ROBERTO. Buscais algo? Ah! no llevais cuchillo? Aquí hay uno. (Dándoselo.)

POMP. Mil gracias! Já! já! já! (Riéndose.)

ROBERTO. Os reis?

POMP. Pues no es chistoso esto?

ROBERTO. No creo que tenga nada de particular el que un soldado y una hija de Eva coman manzanas. Tomad pan. (Presentándole medio pan.)

POMP. Jesus! (No como yo tanto pan en una semana!) Gracias! no como pan con la fruta.

ROBERTO. Pues yo la acompaño... (Comiéndose á bocados una manzana y medio pan. Madama pela la manzana) (Pela su manzana!) (Levantándose.) ¿Sereis efectivamente la marquesa de Pompadour?

POMP. Yo! Qué idea!

ROBERTO. Perdonadme esta confianza... Pero al veros reir, y luego... pelar vuestra manzana...

POMP. Yo soy tan marquesa como vos marqués. Me llamo...

ROBERTO. Aguardad! (Mordiendo la manzana.) No me lo digais todavia.

POMP. Como os plazca. Segun eso no conoceis á madama de Pompadour?

ROBERTO. No, gracias á Dios! Jamás la he visto.

POMP. La despreciais?

ROBERTO. Oh!... la compadezco.

POMP. Sí, de ese modo desprecian los buenos corazones: sin embargo, yo he tenido ocasion de verla algunas veces, y os aseguro que no es altiva ni mala.

ROBERTO. (Comiendo) Ni ambiciosa, eh?

POMP. Ambiciosa... es verdad! Ella ha deseado con locura ser amada de un rey; pero hoy quisiera serlo noblemente, y no sueña mas que con la felicidad del rey y de la

Francia. Sí, hoy el rey se aburre, la córte corrompe al rey; la nacion acusa al rey, á su querida y á la córte. Nada hay de grande, nada de bueno: encontrar en Versalles un corazon valiente, franco y desinteresado, seria un acontecimiento. El rey quisiera verlo para creerlo; y si yo os presentase á la marquesa...

ROBERTO. Perdonad, yo no soy ambicioso, no me interesa ver al rey, y renuncio á conocer á madama de Pompadour: vaya! en confianza, os juraria una cosa.

POMP. Cuál?

ROBERTO. Que no es mas linda que vos.

POMP. No sereis capaz de apostarlo.

ROBERTO. Que no? Tocad! (Dándole la mano.)

POMP. Apostariais mucho? (Dándole la suya.)

ROBERTO. Cuanto tengo! Mi vida, que no es gran cosa. (Estrechándole la mano.)

POMP. Bien, pero soltad ya mi mano.

ROBERTO. Vos no perteneceis á la plebe.

POMP. Por qué? (Queriendo retirar la mano que él tiene sujeta.)

ROBERTO. Porque esta manecita es muy bonita, muy blanca y suave; en la córte se acostumbra á besar la punta de los dedos, pero yo plebeyo, acostumbro á besar mas de lleno. (Besándole la mano.)

POMP. Ah! (Retirándola.)

ROBERTO. Os he lastimado?

POMP. No, pero...

ROBERTO. Os he dicho que no soy temerario, pero tampoco tímido.

POMP. Ya lo veo!

ROBERTO. No! vos no veis nada! Desde hace un cuarto de hora me encuentro cobarde; tengo miedo; las palabras se me enredan en los bigotes. ¿Y por qué he de temer? Yo no creo ofenderos; adelante! Escuchad! Vos me pareceis hermosa como un ángel; hay en vos un encanto... me fascinan de tal modo vuestros lindos ojos!... hallo una belleza en vuestra boquita de rosa... un no sé qué de rozagante y de incitante... en una palabra! me habeis herido en lo mas hondo del corazon.

POMP. (Bondad divina! Me hace una declaracion el desgraciado!) (Riendo.)

ROBERTO. Vamos, no os riais! Vuestro nombre!

POMP. Antonieta Vernan para serviros.

ROBERTO. Me conviene. Vuestro estado?

POMP. Vendo el verdadero lacre de España en la córte de Francia.

ROBERTO. No es eso! Os pregunto si teneis marido ó amante.

POMP. Hola! Hola! (Riendo.)

ROBERTO. No os riais!... no os riais, por piedad! Esto es sério, y estoy que no respiro hasta saber...

POMP. (Pobre mozo! Es verdad que tiene traza de estar conmovido.) Pues bien! Estoy comprometida: he aquí la verdad.

ROBERTO. Cómo ha de ser! Paciencia! Es decir, que no conviene pensar en eso?

POMO. No!

ROBERTO. No pensemos ya! Cantemos *lœtamini.*

POMP. Al menos, os conformais alegremente.

ROBERTO. Recuerdo siempre lo que me decia mi difunta nodriza: tú has nacido humilde, eres pobre, no eres necio; eres bueno; y por todas estas razones, preveo que vas á sufrir. Pues bien; añade á esta palabra otra: sufre alegremente. Asi como los guisados se sazonan con sal, sazona tus pesares con buen humor, canta en los peligros, y rie en los trabajos; y mientras que puedo sigo su consejo; sufro... alegremente.

POMP. (Honrado corazon!) Á falta de otra cosa, quereis mi amistad?

ROBERTO. Con toda mi alma! Pero veo que me ofreceis de vuestro corazon lo que os he ofrecido de mi almuerzo. Los postres!

ESCENA IX.

DICHOS, GUERNAY, que entra puerta izquierda al par que RAMPONEAU por el foro.

GUERNAY. Ya estoy aquí; cuando gusteis, señora.
ROBERTO Os vais? Ya no os volveré á ver?
POMP. Sí! Quiero presentaros á uno.
ROBERTO. Y dónde?
POMP. Ya lo sabreis.
ROBERTO. Cuándo?
POMP. Cuando menos lo espereis. Hasta la vista. (Váse con Guernay, puerta izquierda. Roberto se deja caer en una silla de espaldas al foro.)
ROBERTO. Se acabó! Las manzanas se me han subido á la cabeza!

ESCENA X.

ROBERTO, RAMPONEAU y GUILLELMETA.

RAMP. (Al foro.) Me parece que esto interesa mucho al baron. (Abre la puerta del foro y entra Guillelma cubierta con un velo.) Aquí está el que buscais, mi reina!
GUILL. Pues bien, anunciadme!
RAMP. No me dareis un abrazo por el trabajo?
GUILL. Tú, tú, tú! Sin saber quién soy?
RAMP. Oh! Guillelmeta! Me lo ha anunciado el corazon! El báron os habrá dicho que os fieis de mí!.. Que estoy dispuesto á recibir... (Quiere abrazarla.)
GUILL. Id recibiendo! (Le da una ruidosa bofetada.)
ROBERTO. Adelante! (Levantando la cabeza al ruido.)
RAMP. Gracias! (Con la mano en la mejilla.)
ROBERTO. Ah! sois vos el que llama?
RAMP. Yo mismo. (Cómo me escuece.) Aquí hay una criadita que desea daros un recado.
ROBERTO. Á mí? Será de parte de... Oh! yo estoy loco!

ESCENA XI.

DICHOS, luego HONORIN, y á poco ANGEL.

GUILL. (Fingiendo la voz.) Os llamais Roberto el Bravo?
ROBERTO. Sí, bella dama. (Yo he oido esta voz en alguna parte.) (Entra Honorin puerta izquierda.)
HONORIN. El señor Roberto el Bravo?
ROBERTO. Calle! Tiene eco este cuarto? Presente!
HONORIN. Escuchad: os lo suplico.
ROBERTO. Él tambien? Soy con vos al momento.
RAMP. (Quién será este?)
ROBERTO. Deciamos, hermosa...
GUILL. Un coche os esperará esta noche entre nueve y diez, debajo del Puente Real, junto al muro que forma el rincon de le calle de la Barca. Subid en él y dejaos conducir. De ello depende vuestra fortuna.
ROBERTO. Pero dime, encantadora...
GUILL. Una sola palabra: ireis?
ROBERTO. Iré!
GUILL. Adios, y buena fortuna! (Váse fondo.)
ROBERTO. Demonio! Y á vos qué se os ofrece, amigo? (Á Honorin, el que habla con misterio y bajo.)
HONORIN. En el ángulo de la calle de las Viejas Estufas y de la Alhóndiga, os esperará esta noche un coche cerrado.
ROBERTO. Hola! (Otro?) Á qué hora?
HONORIN. Á las diez.
ROBERTO. Diablo! No podria dejarse ese negocio para mañana?
HONORIN. Imposible! Se trata de vuestra fortuna.
ROBERTO. (Mi fortuna aquí, mi fortuna allá, y yo no puedo partirme en dos! Qué hacer? Ah! Angel!) (Viéndolo bajar por la escalera.)
HONORIN. Y bien?
ROBERTO. Se irá!
HONORIN. Basta! (Saluda y se va puerta izquierda.)
ROBERTO. Angel, se trata de nuestra fortuna. Esta noche á las

diez en punto, te esperará un coche cerrado en el ángulo de la calle de las Viejas Estufas y de la Alhóndiga.

ANGEL. Á mí?

ROBERTO. Á tí ó á mí; es igual! Y si te preguntan tu nombre, dirás Roberto: subirás al carruaje...

ANGEL. Y despues?

ROBERTO. Me contarás mañana lo que te haya sucedido. (Los dos salen puerta derecha.)

RAMP. Á la intriga del baron, creo que se opone otra intriga... Le diré... no! Me ha mandado que no me mezcle en nada!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

En Versalles: salon corto ricamente alhajado al gusto de Luis XV; puerta al foro y laterales; ventana á la izquierda. Velador idem. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ROBERTO, dormido en un sillon; despues ANGEL.

ROBERTO. (Soñando.) Antonieta! No es un sueño? Vos me amais de veras como yo os amo! No! no sueño. (Despertando.) Ah!... Pardiez! Sí, soñaba; siempre son las estrellas! Pero estoy en la tierra... Sí, ya me acuerdo. Cuánto tiempo habré dormido? Abren una puerta! (Angel entra á tientas puerta izquierda.)

ANGEL. (Yo concluiré por encontrar alguien con quien hablar!)

ROBERTO. (Oigo pasos!) Quién va?

ANGEL. Roberto! (Muy bajo.)

ROBERTO. Sois vos, bella dama?

ANGEL. Cállate! Soy yo!

ROBERTO. Angel!

ANGEL. Cómo, estás tú aquí?

ROBERTO. Aquí te han conducido?

ANGEL. Sí, bajo tu nombre.

ROBERTO. Hé aquí un caso raro!

ANGEL. Anoche el lacayo al abrirme la portezuela del coche, me preguntó cómo me llamaba, y segun las instrucciones, contesté: Roberto.

ROBERTO. Entonces, qué diablo de aventura es esta por partida doble?

ANGEL. Cuando me bajaron del carruaje, no podia ver nada; era de noche. Sabes tú dónde estamos?

ROBERTO. En Versalles.

ANGEL. En casa de quién?

ROBERTO. En el palacio del rey de Francia. Roberto es llamado á la córte!

ANGEL. En palacio! Oh! Pero tú sabes que la señorita Blanca vive aquí? Dios mio! Si estaré cerca de ella?

ROBERTO. Cuando yo te decia que te traeria á Versalles y te hospedaria gratis! Pero veamos! Cómo nos hemos reunido en esta especie de juego de gallina ciega? Qué te ha sudedido á tí? Á mí, despues de pararse el coche, me han hecho subir dos pisos; me han introducido en este salon, y me han exigido palabra de honor de no salir de él. Mi luz está apagada; yo me he dormido, y tú me has despertado. Veamos, qué te ha pasado á tí?

ANGEL. Mi historia, no es mucho mas clara que la tuya. Me han alojado en un piso bajo; en un cuartito sin ventana, y han corrido el cerrojo detrás de mí; aburrido de velar y esperar, he descubierto en la pared una puerta secreta que da á una escalera de servicio; he subido dos pisos; he atravesado tres piezas, y héme aquí.

ROBERTO. Muy bien! Sabes qué hora es?

ANGEL. Comienza á rayar el dia.

ROBERTO. Podrás dar con el camino hasta tu cuarto?

ANGEL. Perfectamente: no tengo mas que atravesar tres piezas y bajar cincuenta escalones.

ROBERTO. Pues es preciso que al instante te vuelvas á tu jaula.

ANGEL. Pero, y Blanca?

ROBERTO. Si la encontramos juntos, mi presencia te estorbaria; lo

mismo que á mí la tuya, si por milagro se convirtiera en realidad un sueño que he tenido.

ANGEL. Sin embargo, en el momento que nos hemos reunido...

ROBERTO. Nos debemos separar. Yo sé dónde estás tú, y tú dónde yo estoy; esto es algo. Si me necesitas, ven á buscarme; yo no puedo salir de aquí, porque he dado mi palabra. Entre tanto, nosotros estamos embarcados surcando por este mar de misterios; estémonos quietos, no zozobren nuestros buques, sin que sepamos siquiera adónde nos llevan!

ANGEL. Pero es que...

ROBERTO. Yo juego dos fortunas, sin tener un sueldo. Yo me mantengo en mi sitio: al tuyo, Angel! Al tuyo!

ESCENA II.

ROBERTO, luego BLANCA y GUILLELMETA.

ROBERTO. Héme aquí dispuesto á todos los cuentos de hadas! (Entra puerta derecha un criado que abre la ventana izquierda: luz del amanecer.) Por allí se oyen pasos! Abren una ventana! (El criado le impone silencio, poniéndose el dedo sobre los labios.) Entendido! Chits!... (Imitando la accion.) ¿Qué pantomima será esta! (El criado abre el foro y hace señas; se proyecta una mujer en la sombra.) Ah! Es una mujer! Mi bella comercianta! (Sale Guillelmeta y dice desde el foro.)

GUILL. Sabeis con quién hablais?

ROBERTO. Esa voz... yo la conozco! (Acercándose.)

GUILL. Pero no...

ROBERTO. Ah! sí, tú eres Guillelmeta!

GUILL. Habeis acertado; podeis venir, señorita. (Sale Blanca.)

ROBERTO. La señorita Blanca! (Angel tenia razon en querer quedarse!)

BLANCA. Sí; yo que vengo confiada en vuestra lealtad. Muy atrevido es el paso que doy, aconsejada por Guillelmeta. Pero vais á saber lo que me obliga á venir ante vos, si es que no lo sabeis ya.

GUILL. Sabeis, Roberto, por qué y cómo habeis venido aquí?

ROBERTO. Ahora sospecho! Tú fuiste la que encubierta me citó ayer.

GUILL. Es cierto!

ROBERTO. Y me preguntas á mí? Quién te envió?

GUILL. El baron Fitz.

ROBERTO. Y qué quiere de mí ese señor?

GUILL. Ayer me ví obligada á obedecer, sin comprender mas que la mitad.

BLANCA. Y esperabamos que vos comprenderiais lo demas.

ROBERTO. Lo siento mucho, pero no he comprendido nada. (Toda esta escena muy rápida.)

BLANCA. Dios mio!

GUILL. Para explicarlo todo no tendriamos tiempo.

ROBERTO. Comienza por el fin.

GUILL. En dos palabras. La señorita está en un grave peligro; es necesario que la socorrais, Roberto!

ROBERTO. De muy buena gana, mi querida señorita; pero... (Va aclarando.)

BLANCA. Guillelmeta me ha hablado de vos; de vuestro valor; de vuestra generosidad!

ROBERTO. Señorita, yo no merezco esos elogios; al contrario, no soy nadie, y puedo menos de lo que soy. Pero escuchad; tengo un amigo que es tambien vuestro muy respetuoso servidor; él es capaz y valiente, y está mas cerca de lo que pensais...

BLANCA. Angel! No! que no sepa nada! Se perderia! Vos solo podeis salvarme!

GUILL. En nombre del cielo, Roberto! no rehuseis; no vacileis!

BLANCA. Yo os bendeciré!

GUILL. Yo os amaré!

ROBERTO. (Entre las dos, las contempla conmovido.) (Qué bonitas son las dos!) Quién al suplicarle dos corazones tan puros no arrostra por todo!) Vaya! Contad conmigo! Disponed de mí! Simple soldado, es verdad! Pero todo fuego por aquel á quien ama, y que tiene cierto valimiento en el

regimiento: el corneta...

BLANCA. Se trata de luchar contra mi pretendido tutor; el baron Fitz.

ROBERTO. ¡El mayor general! Ah! Bien!

BLANCA. Demasiado sé que es muy poderoso.

GUILL. Y pícaro, mas que poderoso!

ROBERTO. Su poder no vale nada! Qué quiere ese pícaro pariente!

BLANCA. Quiere... ah! Los temores de Angel no eran infundados. Quiere abusar de su parentesco y de su poder, para casarme contra mi voluntad con un hombre cuyo nombre no se ha atrevido á decirme, para que mañana mismo le siga al campo.

GUILL. Y si vos supierais con qué abominable intencion quiere efectuar este matrimonio!

ROBERTO. Pues es muy sencillo! dirigirse al ministro!

BLANCA. Es que monsieur Maurepas está en el complot con el baron!

GUILL. Ciertamente! Para derrocar á madama de Pompadour.

BOBERTO. Ah! ya! Entonces lo mejor es ir derecho al rey!

GUILL. Si es por el rey, por quien el baron procede así!

BLANCA. Ese es el odioso designio que no se puede pensar sin extremecerse!

GUILL. (Bajando la voz.) Adivinad en qué criatura han puesto los infames sus miras para reemplazar á madama de Pompadour!

ROBERTO. (Comprendiendo, indignado.) ¡En ella! Ah! Hermosa niña! Perdonad si os hablo como á una hermana; pero tambien estoy dispuesto á serviros como tal!

BLANCA. Gracias!

ROBERTO. Nada de gracias! Aunque el baron, el ministro... el rey... no importa! Yo tomo este asunto por mi cuenta!

BLANCA. Esperad! Despues de algunas palabras que me ha dicho el baron, he sospechado que teneis, en lo que á mí atañe, un poder igual al suyo! (Guillelma va á escuchar puerta derecha.)

ROBERTO. Un poder igual?

BLANCA. Es el caso que yo tenia en América un tio, hermano de mi abuela, el duque de Armentieres.

GUILL. Alerta, señorita, que vienen!

ROBERTO. Quién?

BLANCA. Ah! Todo se ha perdido si nos encuentran aquí!

ROBERTO. Solo una palabra!

GUILL. Venid! venid! (Arrastrando á Blanca al foro)

ROBERTO. Pero qué debo hacer?

GUILL. Vos lo vereis! (Vánse fondo y cierran.)

ESCENA III.

ROBERTO, luego RAMPONEAU y despues FITZ.

ROBERTO. Yo lo veré? Qué será lo que voy á ver? (Se presenta Ramponeau puerta derecha.) Ramponeau! Vamos, todos mis conocidos estan en Versalles!

RAMP. El señor baron, puede pasar? (Desde la puerta.)

ROBERTO. (Ah! Es el baron! Y pregunta si puede...) (Se rie.) Sí, se lo permito! (Con gravedad cómica.)

RAMP. (Ved nuestro hombre.) (En la puerta á Fitz, que entra.)

FITZ. (Examinando á Roberto desde la puerta.) (Este es el que quiero ver. No tiene mal aspecto!)

ROBERTO. (Hum! Mirada sospechosa! Sonrisa insolente! Mantengámonos firmes!

FITZ. (Á Ramponeau.) (Estás seguro de que es él quien estuvo mano á mano con madama de Pompadour?)

RAMP. (Segurísimo, monseñor, y se comieron la manzana!)

FITZ. (Bravo! De esta manera cumpliré los deseos de Maurepas al cumplir los mios!) (Despide con el gesto á Ramponeau: deja su sombrero en una silla: llega hasta el velador, y coloca en él un legajo de papeles que trae.) (La historia que voy á referir á este rústico es verdadera; diablura seria no conseguir que él crea que es la suya! (Sonriendo.)

ROBERTO. (Se rie... será de mí? No, pues aquí estamos solos, y si piensa burlarse...)

FITZ. (Adelantándose á Roberto.) Buenos dias, mi querido marqués!

ROBERTO. Marqués! (Mirando á todos lados) ¿Es conmigo con quien hablais, caballero?

FITZ. Seguramente.

ROBERTO. Y á mí me llamais marqués?

FITZ. Sin duda alguna.

ROBERTO. (Habrá tomado el aguardiente?)

FITZ. Yo soy el baron de Fitz Oall, y nosotros somos primos.

ROBERTO. Ah! Nosotros somos... creo que os equivocais, yo no he sido primo nunca!

FITZ. Primos hermanos; eso os extraña?

ROBERTO. No he de extrañarlo, cuando sé lo que soy, y me lo dice este hábito?

FITZ. Por eso es preciso que lo dejeis.

ROBERTO. Ah! Es de absoluta necesidad?

FITZ. Ya veis. Monsieur de Maurepas vendrá á visitarnos dentro de poco.

ROBERTO. Es muy cortés ese señor!

FITZ. (Observándole.) Y luego, vamos á presentaros á madama de Pompadeur. No la habeis visto?

ROBERTO. Dónde diablos quereis que la haya encontrado?

FITZ. (No sabe que era la marquesa!) En fin; entre tanto, yo os presentaré á su majestad antes que parta para e ejército.

ROBERTO. Al rey!

FITZ. Sí, ya tiene noticias de vos; todo está previsto; no teneis mas que dejaros conducir.

ROBERTO. De la mano? Con los ojos cerrados?

FITZ. Parece que prefeririais ver claro?

ROBERTO. Sí, monseñor; la claridad me gusta mucho.

FITZ. Precisamente he venido á daros todas las explicaciones que podeis desear. Sentaos.

ROBERTO. Perdonad: si os es igual, yo estoy mejor de pié. (Fitz se sienta junto al velador; Roberto pasa al otro lado.)

FITZ. Todo el mundo en la córte podrá confirmaros lo que vais á saber. Empezaré por deciros que yo tenia un tio, el duque de Armentieres.

ROBERTO. El duque de Armentieres? No era tambien pariente de la señorita Blanca?

FITZ. En efecto. Este era un bizarro y violento caballero, que no tenia mas que dos sentimientos; amar y aborrecer. Adoraba á su hija única, y execraba á la casa de la Tour d'Avon. Ahora bien; un dia al regresar á Francia de una mision que el regente le habia confiado en Portugal, no se sabe qué amigo ó enemigo le salió al encuentro en el Havre, y le hizo una cruel revelacion: durante su ausencia, su hija Armanda habia casado en secreto con el último heredero de la detestada raza; con el jóven marqués de la Tour d'Avon.

ROBERTO. De la Tour d'Avon?

FITZ. (Levantándose.) Dos dias despues, el duque se presentó á su hija, la que al ver su semblante, exclamó:—«Ah! Lo sabeis todo! Sabeis que estoy casada!»—Y él la respondió...—«Sois viuda: he obligado á vuestro marido á batirse, y le he matado!»—Armanda se quedó aterrada; sin sentido; le sobrevino la fiebre y el delirio, y espiró á los dos dias. Pero al dar su alma á Dios, recobró un momento la razon, y reconociendo á su padre, gritó... —«Y mi hijo? Habeis matado á mi hijo?»

ROBERTO. Pobre mujer! Tenia un hijo?

FITZ. Sí, un niño de diez dias. Al saber el regreso del duque de Armentieres, el marqués de la Tour d'Avon, habia querido poner en seguridad su mas caro tesoro; y precisamente cuando volvia de depositarlo en manos seguras, fué provocado y muerto por el duque.

ROBERTO. De modo, que él solo sabia el paradero de aquel niño?

FITZ. Él solo! Y el duque por mas que registró en su desesperacion toda la Francia, no lo encontró! Entonces repartió su fortuna entre sus dos nietas; mi madre, y la madre de Blanca de Rosel; despues, consiguió duplicar su capital en la India; allí se lanzó á todos los peligros á cuerpo descubierto, logrando morir el año pasado.

ROBERTO. Es una historia horrible! Pero qué analogia tiene con migo? Con Roberto...

FITZ. El duque encontró en la India su riqueza, antes que la muerte. Se ha sabido hace un mes, que deja una fortuna de cuatro millones. Él la ha legado toda entera á la compañía de las Indias, á menos, dice en su testamento, que no se descubra y reconozca á su nieto en Francia; á su legítimo heredero.

ROBERTO. Y bien?

FITZ. No adivinais todavia? El heredero del duque de Armentieres, el último marqués de la Tour d'Avon, sois vos!

ROBERTO. Yo!

FITZ. Vos mismo.

ROBERTO. Explicaos! (Se acerca al velador, y pone maquinalmente su sombrero sobre los papeles del baron.)

FITZ. No sois huérfano?

ROBERTO. Es verdad.

FITZ. Conoceis vuestro padre, vuestra madre, vuestra familia?

ROBERTO. No!

FITZ. Entonces, por qué extrañais que se os encuentre una familia y un nombre?

ROBERTO. Por qué!... No lo sé! Pero me parece que si eso fuera verdad, lo creeria; y como no lo creo!...

FITZ. (Frunciendo el gesto.) Qué! Vos no me creeis?

ROBERTO. Y en qué me habeis reconocido?

FITZ. La casualidad me ha provisto de sospechas, y despues, de pruebas irrecusables.

ROBERTO. Cuáles son?

FITZ. Aquí las tengo; vedlas! (Va al velador, y al hallar el sombrero de Roberto sobre los papeles, lo tira al suelo.) Es extraño que troquemos tan singularmente nuestros papeles. Se os hace rico y noble, y dudais y desconfiais! (Paseando con agitacion.)

ROBERTO. Qué quereis! Yo preferiria ser normando! (Recoge su sombrero, lo limpia, y lo vuelve á poner sobre los papeles.)

FITZ. (Imbécil!) Despues de todo; ¿qué interés tengo en ello?

ROBERTO. Ah! ¿Qué interés? (Eso es lo que yo me pregunto.)

Fitz. Al contrario, yo me perjudico en esto!

Roberto. Oh! Sin embargo; esos cuantiosos bienes que iban á pasar á extranjeros...

Fitz. Pero esos bienes no son mios, son vuestros!

Roberto. Es verdad! ¿Y cómo me manejo yo con tanta riqueza, con esos títulos? Y vos...

Fitz. Yo me esfuerzo y violento en ceder y respetar vuestros derechos; porque al fin vos sois mi superior. Por el testamento del duque de Armentieres, que está aquí, (*Vuelve al velador.*) Ah! (*Arrojando el sombrero.*) Por este testamento, vos sois el jefe de la familia!

Roberto. Oh! Por ahora veo que usais conmigo mucha bondad. No os contradigo! No reparo mas! Abracémonos, primo! Abracémonos? (*Lo abraza con frenesí.*)

Fitz. Confiais en mí?

Roberto. Ciegamente!

Fitz. Sea en buen hora. (*Roberto recoge su sombrero.*)

Roberto. Soy un niño; hareis de mí lo que querais. Por de pronto me encuentro en este palacio y me instalo junto á vos. (*Entra Ramponeau: mientras habla este, Roberto pone el sombrero del baron sobre los papeles en el velador y deja el suyo donde estaba el del baron.*)

Ramp. El señor conde Maurepás me manda avisar al señor baron que va á subir aquí al instante.

Fitz. (*Á Roberto.*) ¿Qué os decia yo?

Roberto. Ah! Ramponeau! Vais á ver si me porto como en mi casa! Ramponeau; parte en seguida para Paris, y condúceme aquí á Zemira.

Baron. Vuestra Zemira! Marqués, estais en palacio.

Roberto. Qué tiene que ver el rey con que me traigan á Zemira? Dime, primo; tienes ahí dinero?

Fitz. Sin duda.

Roberto. Pues chico, préstame! (*El baron le da un bolsillo.*) Toma, Ramponeau: (*Dándole el bolsillo.*) Ponte en marcha!

Ramp. Ah! monseñor! Esto es mucho!

Roberto. Qué mas da? tengo millones! (*Váse Ramponeau.*) Vos los manejareis, primo? Buen Dios! Para qué quiero tanto?

Solamente tengo un amigo; Angel, un nuevo soldado, que no sirve para la milicia y yo quisiera rescatarlo.

FITZ. En hora buena; con una centena de libras...

ROBERTO. (Cogiendo del brazo al Baron y conduciéndolo al velador.) Sí; pongamos cincuenta mil libras con algunos sueldos que necesito en mi bolsillo; solamente que yo los quisiera en seguida.

FITZ. Bien; voy á haceros un vale.

ROBERTO. Eso es! Y pues aquí hay lo necesario, poned; cincuenta mil libras para el padre Francisco que me ha criado. Y luego otras tantas para Guillelmeta.

FITZ. Diablo! Sois muy generoso.

ROBERTO. Como que soy gentilhombre!

FITZ. (Encontrando el sombrero bajo su mano en el velador cree que es el de Roberto, y sin mirarlo lo tira por la ventana, diciendo.) (Animal!)

ROBERTO. En cuanto á Antonio y demas de la familia ya veremos mañana.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, MAUREPAS.

FITZ. Ah! señor conde, mi primo el Marqués de la Tour d'Avon, de quien os he hablado.

ROBERTO. (Dando á Maurepas una palmada en el hombro.) Soy muy servidor vuestro!

MAUR. Es encantador! Yo he querido entregaros personalmente vuestro despacho de coronel en el mismo regimiento en que habeis servido como soldado. (Dándole un pliego.)

FITZ. Yo lo habia comprado de antemano á nombre vuestro, caro marqués...

ROBERTO. Oh primo! Tú me confundes! En cambio siempre te estaré reconocido, obligado y sumiso.

FITZ. Bien! Lo primero es que os quiteis vuestro uniforme y os pongais la casaca de presentacion.

ROBERTO. No! eso no! Todo lo que quieras, primo; pero ponerme otro uniforme...

FITZ. Pero al menos, os mudareis un momento para presentaros al rey.

ROBERTO. Para eso mucho menos; iré con mi vestido de soldado, que el rey lo conoce muy bien!

MAUR. Pero vos sois coronel!

ROBERTO. Bien! Pondremos las insignias en esta casaca.

FITZ. Pero...

ROBERTO. No cedo en eso; dejadme! Es un capricho.

FITZ. Es que para presentaros al rey teneis que dar la mano á la señorita de Rosel mi prima.

ROBERTO. Nuestra prima!

FITZ. Sí, nuestra prima, que debe casarse mañana.

ROBERTO. Casarse! Quiá! Eso no! Yo os he adoptado por mi maestro, pero no por el de ella!

FITZ. Es que este enlace lo tengo ya dispuesto.

ROBERTO. Segun el testamento de mi abuelo, vos lo habeis dichò; yo soy el jefe de la familia! Lo entendeis? Ella no se casará sin mi permiso! Ademas yo le tengo echado el ojo á un partido magnífico! (Pues no se alegrará poco Angel!)

MAUR. Pero sobre vuestra autoridad, caballero, está la voluntad del rey. El marido que el baron ha destinado á la señorita de Rosel, pertenece al servicio de su majestad y debe seguirle al ejército.

ROBERTO. El mio irá tambien si hace falta.

FITZ. Tened presente que la nobleza entera reclama aquí sus derechos. ¿Vuestro protegido es de una posicion...

ROBERTO. Precisamente, tan rico como yo!

MAUR. Se os habla de su nacimiento.

ROBERTO. Es tan noble como yo!

FITZ. En fin su nombre?

MAUR. Y bien?

ROBERTO. Su nombre!... Me obligo á decírselo de aquí á la tarde. Pero antes de todo quiero ver á mi prima Blanca!

(Entra un lacayo y entrega una carta á Maurepas.)

FITZ. Eso no es posible!

ROBERTO. Cómo no? (Al lacayo que se va á marchar.) Eh! id á la ha-

bitacion de la señorita de Rosel, y decidla que su primo el Marqués de la Tour d'Avon, necesita hablarla al instante! (Váse el lacayo.)

MAUR. Madama de Pompadour quiere hablarme antes de la hora de consejo. (Á Roberto.) ¿No quereis acompañarnos?

ROBERTO. Iria con mucho gusto; pero ya veis, necesito indispensablemente hablar á mi prima Blanca.

MAUR. Venid, baron; dejémosle por ahora.

FITZ. Es necesario daros gusto en todo; nosotros vamos á anunciaros á Madama de Pompadour. (Va al sillon y toma el sombrero.)

ROBERTO. Perdona, primo, pero ese es mi sombrero.

FITZ. Cómo! Pues y el mio?

ROBERTO. Creo que lo has tirado por la venta.

FITZ. (Con ira.) (He aquí un hombre que podia vivir seis meses y voy á tener que heredarle á los quince dias!)

ESCENA V.

ROBERTO solo y luego ANGEL.

ROBERTO. Yo no sé si él se divierte; pero yo al menos, lo consigo. Angel, llega. Esto marcha por aquí! Echa fuego! Y por allá?

ANGEL. Acaban de avisarme que antes de media hora, Roberto el Bravo verá á la persona que le ha hecho venir.

ROBERTO. Ah! ¿Te han dicho su nombre?

ANGEL. Me han dicho solamente Antonieta.

ROBERTO. Antonieta! (Entra el lacayo foro.)

LACAYO. La señorita de Rosel está avisada.

ANGEL. La señorita Blanca!

LACAYO. Espera á su primo el Marqués de la Tour d'Avon.

ROBERTO. Voy allá. (Váse el lacayo.)

ANGEL. Cómo?

ROBERTO. Angel, cambiemos! Tú vas allá, y yo aquí.

ANGEL. Pero yo no sé...

ROBERTO. Ni yo tampoco! Es decir! Yo sé que no soy marqués;

pero no sé por qué se han empeñado en que lo sea. Es igual! Fias en mí? Regocíjate, y dí á la señorita Blanca que espere; que yo trabajo por vosotros. Vaya! tú por allí! yo por aquí! Tú por Blanca, yo por Antonieta! Dicha es que haya un Roberto de repuesto! (Vánse cada uno por su lado.)

MUTACION.

Jardin de Versalles; Gran tienda formando un salon de verano: á la izquierda el piso bajo del palacio: en la tienda mesa redonda de mármol con libros; dos sillones: la cortina del fondo de la tienda alzada, dejará ver los parterres, la fuente de Apolo y el estanque de los Dardos.

ESCENA VI.

MADAMA DE POMPADOUR, MAUREPAS y FITZ.

POMP. Os doy gracias, señor conde, por haber acudido tan pronto á mi llamamiento.

MAUR. Siempre estoy á las órdenes de mi señora la marquesa.

POMP. Esta mañana hay consejo. ¿No es asi?

MAUR. Dentro de algunos instantes.

POMP. Una cuestion se presentará, sobre la que quiero saber vuestra opinion. Solicito de su majestad el permiso de acompañarle al ejército.

MAUR. Dispensadme, señora, pero sois un bien tan precioso para su majestad, que no podemos consentir os expongais á ningun peligro.

POMP. La Duquesa de Chateauvrúx, acompañaba sin embargo al rey en la campaña de Sorraine.

MAUR. Y faltó poco para que fuera presa del enemigo.

POMP. ¿No estuve yo misma de incógnito en Fontenoy?

MAUR. Si, pero el incógnito no concierne al consejo.

POMP. Bien, yo queria saber á qué atenerme. Os agradeceré mucho que vengais á participarme la resolucion del consejo. ¿Puedo ser útil al baron Fitz Onall?

Fitz. Queria pedir á la marquesa el favor de presentarla un pariente.

Pomp. Yo creí que era una parienta. Apadrinado por vos, será siempre bien recibido. Ya no os detengo, monsieur de Maurepas; es la hora del consejo, y muy pronto se levantará la reina.

Roberto. (Dentro.) En aquella tienda? Bien!

Fitz. Esa voz!

Pomp. Es una persona que he mandado llamar.

Roberto. (Saliendo.) Es su voz! Es ella! Ah! (Confuso al ver los otros.)

Fitz. Este es precisamente el pariente de que os hablaba, (y no soy yo quien le ha introducido con tanta familiaridad.) Tengo el honor de presentaros á mi primo, el marqués de la Tour d'Avon.

Pomp. (Marqués!)

Maur. Con vuestro permiso, marquesa.

Roberto. (Marquesa!)

ESCENA VII.

MADAMA DE POMPADOUR y ROBERTO.

Roberto. Vos sois, marquesa? Ah! bien me lo figuraba ayer! Sois la marquesa de Pompadour.

Pomp. Sí.

Roberto. Adios, señora.

Pomp. ¿Os vais?

Roberto. Me voy.

Pomp. Por qué?

Roberto. No lo sé fijamente, pero me voy!

Pomp. Idos, una vez que temeis tan poco desairarme.

Roberto. Desairaros yo! Yo soy un pobre diablo, pero aquí no me trae mas que mi buen deseo. Desde que nos separamos, no sé lo que es de mí; sueño despierto; duermo soñando; os veo en mi delirio! En fin, al decirme ha poco vuestro nombre fingido, corrí alegremente, como la mariposa hácia el fuego. Pero al saber el verdadero... ¿qué habia de hacer? huia... porque... yo no

sé por qué... pero sufro! He visto de repente un abismo entre los dos; he comprendido que ayer os mofasteis de mí, y que me habeis llamado para mofaros otra vez!

POMP. No; yo queria presentaros al rey.

ROBERTO. ¿Vos tambien? Es verdad! Me parece que me dijisteis algo de eso! Pero entonces... ¿por qué me ocultais la verdad?

POMP. Vos tambien me la habeis ocultado; os llamais ahora marqués. ¿Qué significa esto?

ROBERTO. Es otra farsa. Es verdad que el baron pretende que yo soy su primo y marqués de... en fin, ya lo habeis oido: un título. Pero yo acabo de averiguarlo; es falso que él sea mi primo; él se quiere servir de mí, pero yo sé que me engaña.

POMP. Pero ¿con qué interés inventa ese parentesco?

ROBERTO. Ignoro qué lazo me tiende, y de qué intriga quiere hacerme instrumento.

POMP. ¿No lo sospechais?

ROBERTO. Mi palabra que no! Y es chistoso hacerme servir de maniquí, y hacerme ir de aquí para allá, sin saber con qué objeto... Oh! Pero yo lo descubriré y entonces...

POMP. Es extraño! (Con incredulidad.)

ROBERTO. ¿Desconfiais de mí ahora?

POMP. Desconfio de mí misma, y ese es mi suplicio; me aislan de cuantos me pueden defender; siempre estoy rodeada de intrigas: por eso desconfio de mí, de mis ideas, y hasta de las lágrimas que vierto en la soledad!

ROBERTO. ¡Cuánto os compadezco! Pero tranquilizaos, desconfiad de vos, primero que de mí. Sabed que desde esta mañana he luchado por vos como un pobre diablo!

POMP. Por mí?

ROBERTO. Vuestros enemigos son Maurepas y el baron.

POMP. Sí?

ROBERTO. Yo la he emprendido con ellos; ¿sabeis el abominable casamiento que han trazado con Blanca de Rosel?

POMP. Ese matrimonio es la mina que ellos explotan para mi

ruina.

ROBERTO. Y yo me ocupo de hacer una contramina.

POMP. Vos? ¿Y cómo me servis sin conocerme?

ROBERTO. No era á vos á quien yo servia! Era á Angel, á mi amigo, á mi hermano, por quien yo me dejaria hacer pedazos. Está enamorado perdido de Blanca, y como primo, me he opuesto á grito pelado á ese casamiento de mi prima.

POMP. Conque sin saberlo, teniamos el mismo interes? nuestra causa es la misma!

ROBERTO. Y cómo podia ser de otro modo?

POMP. Hay presentimientos en los que se debe creer. No! mi primera impresion hácia vos no me ha engañado. No hay mas que hablar; mi querido aliado, nosotros combatiremos juntos!

ROBERTO. Victoria! He salvado á mi prima! El rey no es mi primo!

POMP. Esperad, yo no os quiero solo por aliado; habeis aceptado la amistad de Antonieta, aceptad la de madama de Pompadour.

ROBERTO. Oh! No es lo mismo!

POMP. Ah! Sí, seguramente. Puede ser que madama de Pompadour no sea mañana mas que Antonieta! Quiero que seais mi amigo; vos me lo prometisteis ayer. Al veros tan honrado, tan alegre, tan bueno, soportar resignadamente una existencia tan penosa, me dije... he aquí una mano leal y franca, que desearia estrechar en está época tan corrompida! Roberto; dadme vuestra mano, y con ella algo de vuestro corazon!

ROBERTO. Señora, eso es muy seductor, y á la par muy resbaladizo! Seré vuestro servidor; vuestra espada, lo que gusteis! Pero vuestro amigo? Vos no arriesgais nada, pero yo sí! Y si se me va la cabeza? Francamente, yo quisiera como hasta aquí cantar por el dia y dormir por la noche! Mejor es que me dejeis batir en retirada.

POMP. No tengais cuidado, que yo me encargo de pensar por los dos, y solo os pido vuestra amistad; me interesa

poseerla para siempre! Y cuando os suplico, me la negareis?

ROBERTO. Diantre! Pedis las cosas de una manera... Y como precisamente ese es mi flaco! La amistad! Os dije que tengo un amigo que me aventaja en talento.

POMP. Pues bien, tened un amiga. (Sale Honorin.)

HONORIN. La reina espera á la señora marquesa. (Váse.)

ROBERTO. Y no hemos convenido en el modo de gobernarnos.

POMP. Yo hablaré con el rey, y aunque me prohiba seguirle al ejército, soy capaz de partir sin permiso del consejo.

ROBERTO. Y yo, como pudiera ser que casaran entre tanto á Blanca, no me descuidaré, y hablaré...

POMP. Con quién?

ROBERTO. Con el marido que la destinan.

POMP. Le conoceis?

ROBERTO. Haré conocimiento!

POMP. Pensad, que cualquiera que sea el hombre que haya aceptado ese casamiento, es un miserable!

ROBERTO. Un vil! Teneis razon!

POMP. Para esos seres, el mejor medio es el interés.

ROBERTO. Perdonad! Hay otro tambien.

POMP. Cuál?

ROBERTO. El miedo!

POMP. Sí, pero el conde y el baron lo defenderán. No os expongais...

ROBERTO. Á qué? El peligro es mi fuerte! Si supierais lo que es una carga de caballeria!...

POMP. Pero no estamos en campaña.

ROBERTO. Yo creo que sí!

POMP. Escuchad. Monsieur de Maurepas al salir del consejo, vendrá á encontrarme aquí.

ROBERTO. Con el baron?

POMP. Quizá! Le suplicais que me esperen; aguardad vos con ellos. Luego combinaremos lo demas. No hay nada mas que hablar; entre la marquesa y el soldado habrá una perpétua alianza y amistad!

Roberto. Alianza! amistad! Lo decis de veras? En cuanto á mí voy á ocuparme de vos con todo mi corazon, con toda mi vida! Confiareis en mí?

Pomp. Tomad mi mano! Si dudarais de mí, si me mintierais, no creeria encontrar un átomo de fidelidad en ningun ser humano!

ESCENA VIII.

ROBERTO.

Roberto. Viva la Francia! Yo arriesgaba gozoso mi vida por Angel y por la señorita Blanca, cuando nada podia! Ahora es mi amiga madama de Pompadour; ella me lo ha dicho aquí con su traje de brocado; me ha dado su mano fina y delicada! Ah! Que venga el baron! Yo valgo mas que antes! Yo puedo lo que quiero! Soy, hasta mi coronel; tengo mi despacho! Yo puedo decirme...—«Roberto!— »Mi coronel!—Emboscaos, y vigilad lo que se trame »aquí contra los que defendeis.—Estoy en mi puesto, »mi coronel! (Ocultándose tras unos árboles del foro.) Des- »cuidad! Yo os daré cuenta de todo!»

ESCENA IX.

MAUREPAS, el BARON y ROBERTO oculto.

Fitz. Efectivamente! La marquesa y mi nuevo primo se han visto en casa de la Bontemps.

Maur. He sabido por Honorin que ella le hizo conducir con gran misterio á Versalles.

Fitz. Y ellos acaban de tener otra nueva entrevista: me parece que estas son mas que sospechas, y que hay motivo para formular una acusacion y perderlos.

Roberto. (Misericordia!)

Fitz. De un tiro podemos matar dos pájaros, desembarazándonos de ese primo que nos molesta con su oposicion.

Maur. Á ese, la Bastilla le sujetará.

Fitz. Pediremos para él algo mas.

ROBERTO. (Gracias!)

FITZ. Será bien hacerle aparecer reo de lesa majestad, porque asi no habrá dificultad de confiscarle sus bienes. .

MAUR. En provecho de su mas próximo pariente.

FITZ. Es claro! Yo reclamaria mi derecho.

ROBERTO. (Ya se va despejando el incógnito!)

FITZ. Aunque quién sabe! Mi nuevo primo es soldado; hasta coronel, va á la guerra; quién sabe si aprisionándole le salvamos de una muerte segura? Porque yo no puedo rehusarle un puesto de honor, ni evitar que ninguno de mi familia se deje matar como un héroe.

ROBERTO. (Infame!)

MAUR. Pero permitidme esta pregunta. Estais seguro de que ese hombre es el marqués de la Tour d'Avon? Porque muchas veces es uno víctima de un intrigante. Ya habeis oido hablar del triste suceso de Montgiron, que ha hecho tanto ruido en la regencia.

FITZ. Sí, Montgiron habia mantenido á un pobre diablo para resucitar en su persona á un heredero perdido, y su cómplice le denunció! No hay tambien un Dubois mezclado en esta intriga?

MAUR. Sí, pero Maurepas no es Dubois!

FITZ. Ni el baron Fitz es Montgiron.

ROBERTO. (Ni yo soy lo que pensais.) (Desaparece.)

FITZ. Yo no usaré en la circunstancia presente mas que del derecho de apercibimiento, que se ha ejercido en todos los reinados; y si yo apelo á su rigor sobre nuestro salvaje marqués, es porque es peligroso y porque hallamos en él un obstáculo para el importante matrimonio de Blanca de Rosel. (Roberto vuelve á aparecer en el foro.)

MAUR. Silencio! Allí viene!

FITZ. Ah! Sois vos, querido marqués?

ROBERTO. Sí, os buscaba.

FITZ. Qué me quereis?

ROBERTO. Que he reflexionado, y no me siento con vocacion para ser marqués.

FITZ. Qué quereis decir?

ROBERTO. Yo creia ser útil á las personas que quiero, y veo que voy á serles funesto. Recobrad vuestros títulos y vuestros bienes, y yo mi libertad!

FITZ. Estais loco? Despreciais vuestra fortuna!

ROBERTO. Con alegria! Voy á devolveros vuestras ciento cincuenta mil libras. (Echando mano al bolsillo.)

MAUR. Y renunciais á vuestro grado?

ROBERTO. Tambien! aquí está mi despacho.

FITZ. Eso no puede ser! No se despoja un hombre de sus derechos como de un vestido! Vos sois un título...

ROBERTO. Estais seguro de ello?

FITZ. Cómo! Sospechais todavia?

ROBERTO. No me habeis enseñado las pruebas.

MAUR. Baron!

FITZ. Pues bien, vedla! Una carta de vuestra madre, en donde refiere el nacimiento de su hijo.

MAUR. Ah! Veamos? (Tomando la carta que lee para sí.)

ROBERTO. Yo creo en el nacimiento de ese hijo; pero qué es lo que demuestra que soy yo?

MAUR. Aquí hay un dato; la pobre madre, al separarse de su hijo, le puso un rosario al cuello.

ROBERTO. Un rosario!

MAUR. Un rosario esmaltado del siglo catorce, con estas palabras grabadas. *Angelus domini, nuntiabit Mariæ.*

ROBERTO. (Gran Dios! Este hijo es Angel, y el baron le mataria!)

MAUR. Y bien?

ROBERTO. Y bien? Yo soy evidentemente. Ved aquí el ros ario. (Presentándolo.)

FITZ. Ah! (Retrocediendo aterrado.)

MAUR. Enhorabuena!

ROBERTO. Qué teneis, primo?

FITZ. Yo... nada!

ROBERTO. Ya estoy convencido! Recojo esta carta; guardo el rosario; recobro mi nombre; mi rango y mis derechos, y vais á ver cómo voy á defenderlos!

ESCENA X.

DICHOS, MADAMA DE POMPADOUR, BLANCA y ANGEL.

POMP. Habeis acudido á mí noblemente, señorita, y lejos de tener que perdonaros, os doy gracias.

BLANCA. Han querido servirse de mí en contra vuestra; que sea vuestra enemiga; y aconsejada por este amigo, (*Señalando á Angel.*) y en presencia del baron, vengo á deciros... salvadme! Protegedme!

FITZ. Señorita! (*Irritado: madama Pompadour le contiene con una mirada.*)

POMP. Pobre niña! Qué razon teneis en temer esta vida de asechanzas! Ignoro si podré protegerme á mí misma. Ah! monsieur de Maurepas quizás podrá decirnos algo. Y bien caballero?

MAUR. Vuestra presencia en el campo de batalla es imposible!

POMP. Lo esperaba! Pero la señorita Rosel...

FITZ. La señorita Rosel acompañará á su marido.

POMP. Y quién es ese marido? Ha tenido la condescendencia de declararse al fin?

ROBERTO. (*Adelantándose.*) Yo seré quien le presente muy pronto!

POMP. Y se llama...

ROBERTO. El marqués de la Tour d'Avon! (*Sorpresa general.*)

POMP.
FITZ.
BLANCA. } Vos!

ANGEL. Tú!

ROBERTO. (*Á Angel con dolor.*) Yo! (*Á la marquesa con impaciencia.*) Yo! (*Al baron con provocacion.*) Yo!

POMP. Os desprecio!

ANGEL. Os odio!

ROBERTO. (*Con dolor.*) (Yo os amo, y os salvo!)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Campamento francés frente á la ciudad de Tougras. Al fondo tiendas de campaña y tiendas de vendedores con sus banderolas, colocadas sobre una colina en semicírculo. Se distingue en lontananza la ciudad. Á la derecha, en primer término, una tienda de estado mayor abierta y dejando ver una mesa cargada de planos, mapas, papeles, etc.; un banco, dos taburetes en tercer término, una cantina y un poste ó pilar donde se lee un anuncio: *Teatro del campamento.* Á la izquierda una barraca grande contra los bastidores, donde se supone está la yegua de Roberto.

ESCENA PRIMERA.

OFICIALES jugando á las damas: SOLDADOS bebiendo, jugando á los dados y los naipes sobre las cajas de guerra: CANTINERAS de un lado á otro: una GITANA en un corro diciendo la buena ventura: RAMPONEAU y GUILLELMA.

RAMP. Debeis conocer, Guillelmeta, que despues de la aventura de anoche, ese pobre Roberto... quiero decir, ese digno marqués, tiene motivo para estar cansado. Ahí está sobre la paja en la barraca, y duerme feliz entre los cascos de su caballo.

GUILL. Oh! Entonces no le despertemos! (Llamada de tambor á lo lejos.)

OFI. 1.° Ah! El mariscal de Saxé que pasa revista al campamento.

OFI. 2.° Vamos! Todos á sus puestos. (Saliendo de la tienda. Los grupos militares se dispersan y se van quedando solos en escena Ramponeau y Guillelma y los centinelas del campo en los últimos términos.)

GUILL. Quisiera saber, señor Ramponeau, si os ha dado órden Roberto para que le prepareis en secreto un coche de viaje.

RAMP. Sí, para esta tarde. Pero al mismo tiempo me ha dicho que iban decididamente á firmar la señorita Blanca y él su contrato de matrimonio: ¿Podeis explicarme esto?

GUILL. Os lo explicaré si me dais palabra de decirme siempre como hasta aquí las intenciones de vuestro otro amo el baron.

RAMP. Él! Ese tirano mi amo! Es el único á quien siempre me he complacido en hacer traicion! Vamos, hablad.

GUILL. Pues bien! Ellos firman ese contrato hoy para impedir que la señorita Blanca tenga mañana por grado ó por fuerza que casarse con el señor de Gassé: pero este contrato no es mas que una farsa para libertarla del baron; y en prueba de ello, que Roberto le ha prometido dejar esta tarde el campamento y conducirla consigo á Paris.

RAMP. Y ha consentido en ello la señorita Blanca?

GUILL. Ella vacila y llora todavia. Pero á mí se me ha metido en la cabeza que conseguiré convencerla. Sí! Roberto me deberá este servicio mas, á mí! á Guillelmeta! Y eso que nunca me hace caso: siempre me llama niña: para él no voy á pasar nunca de doce años!

RAMP. Y qué puede importaros eso, si en cambio hay quien os mira con otros ojos! Otros que se creerian felices si os dignarais interesaros por su situacion!

GUILL. Vuestra situacion me interesa, señor Ramponeau, porque no deja de ser violenta.

RAMP. Oh! sí! mucho! Tengo dos desposorios pendientes; mi taberna y la horca. Pero me decidiré por la primera! Siempre, Guillelmeta, he soñado con vos para mi tabernerita: siempre os veo bullendo en mi despacho, entre las cuartillas y las pintas, y yo de pié junto á vos, con el brazo en jarra! ¡Qué golpe de vista! Los chiquillos que van y vienen y corren asustados por el gran ruido de canciones y juramentos; el encantador chasquido de los vasos; unos que gritan; las gallinas que se escapan; la fritada que chilla en la sarten; el humo de la gran chimenea que esparce olores alimenticios; el chisporroteo de la lumbre, el perro que suelto de la rueda del asador limpia delicadamente la espumadera con su lengua... Oh! qué magnífico cuadro!

GUILL. Todo eso es muy apetecible, pero lo primero es que el baron os devuelva esa terrible prueba con que os asusta.

RAMP. Y á qué precio me la dará? Quizás me arriesgue á ser fusilado por evitar que me ahorquen. ¿Quién será ese aldeano á quien á dos leguas de aquí me ha mandado á que le diga de su parte... «Los patos han pasado el estanque.» Esto debe tener algun significado que no comprendo, pero sospecho que el baron hace traicion al ejército francés: y el dia que me ofrezca mi documento y libertad por algun servicio, será el dia que tendré mas miedo.

GUILL. Sin embargo, cuando un hombre tiene un poco de cacúmen...

RAMP. Sí, pero cuando no le tiene...

GUILL. Pues en llegando ese caso, avisadme; y que me coma un lobo si yo no os saco del compromiso!

RANP. Gracias, Guillelma! No hay mas que hablar. Dios mio! El baron!

ESCENA II.

DICHOS, FITZ, llegando fondo izquierda; MAUREPAS, derecha; OFICIALES.

FITZ. (Á los oficiales.) El mariscal de Saxé pasará por aquí forzosamente; voy á esperarle.

MAUR. Ah! Baron, una palabra!

FITZ. Idos, Ramponeau, pero no os alejeis. (Se van Ramponeau, Guillelmilla y Oficiales)

MAUR. Tengo que comunicaros una noticia de las mas graves. Se va demorando nuestro objeto, y madama de Pompadour nos vencerá. Hace quince dias hemos expuesto diez veces á nuestro soldado coronel á peligros de muerte, y entre tanto la señorita Rosel no es la marquesa de la Tour d'Avon.

FITZ. No me hableis de ese hombre, que me vuelve loco! Es culpa mia si él no aplaza jamás el peligro y siempre dilata al matrimonio? Ya sabeis lo que ha sucedido anoche; su fortuna es insolente! Creí que moriria, y volvió trayendo prisionero al general inglés! Pero no se me escapará ya! Está extendido el contrato y vamos á firmarlo á las seis!

MAUR. Dentro de una hora! Será demasiado tarde!

FITZ. Cómo!

MAUR. Un correo que me manda Honorin me avisa que madama Pompadour ha debido entrar hoy en Flandes. El rey acaba de trasladar su cuartel al molino de Lawfeld; ella va á caer esta tarde ó esta noche como un rayo en el nuevo alojamiento del rey.

FITZ. Madama de Pompadour en el campamento? Y qué dice el rey?

MAUR. El rey no sabe nada. Quiere sorprenderlo, y quién sabe si esta nueva prueba de afecto no influirá en su favor en el ánimo de su majestad.

FITZ. Oh! Entonces... El mariscal!

ESCENA III.

DICHOS, EL MARISCAL DE SAXÉ y acompañamiento.

SAXE. (Á los Oficiales.) Sé que el combate ha sido en ley. Pero no obstante, el teniente que ha herido á su capitan, será pasado por las armas. Recordad que durante la guerra, el rey no perdona los desafios. Saludo á monsieur de Maurepas.

MAUR. Siempre en vela. No vivis un momento.

SAXE. No se trata de vivir, sino de vencer.

MAUR. Acelerad la victoria, que la conseguiremos.

SAXE. Cuando no nos cueste muy cara, señor conde. Cuando quiera el enemigo salir de sus atrincheramientos. El señor mayor general ¿no tenia que comunicarme una órden del rey?

FITZ. En efecto; tengo que haceros saber que su majestad me ha dado esta mañana órdenes para trasladar su cuartel general á la altura llamada el Molino de Lawfeld.

SAXE. Escuchad, señor mayor: perdonad; es asunto del servicio, señor conde. (Le lleva aparte.) Vos sois extranjero al servicio de la Francia, como Lowendall, que es suizo, como yo que soy sajon. Ademas, vos habeis conocido en otro tiempo al duque de Cumberland, general en jefe del ejército inglés. Pues bien; muchas de nuestras operaciones han sido adivinadas por el enemigo, y la calumnia os ha delatado dos veces.

FITZ. Señor mariscal!

SAXE. Escuchadme hasta el fin. Yo no me hubiera atrevido nunca á que el rey ocupara ni una hora el molino de Lawfeld. Pero su majestad lo ha querido, sea; la situacion de ese molino es tan atrevida, que el duque de Cumberland no seria el excelente general que es, si no le sedujera tal incentivo. Él va á atacar al molino esta misma noche, si es clara, ó al menos, en cuanto los primeros albores del dia permitan el paso del barranco:

sin comprometer mas que un batallon, obligaremos á todo el ejército á seguir nuestro movimiento: es preciso que el rey deje su nuevo cuartel, y vuelva sin ruido al antiguo. Vos hareis comprender con facilidad esta necesidad al soberano; pero importa que el enemigo crea siempre que el rey esté allí. Dejad en los sitios avanzados algunos hombres aguerridos, pero en corto número, porque van á ser sacrificados: su fuego será para mí la señal de ataque. Yo me encargo de lo demas: solo os añado que hasta última hora nadie sabrá este movimiento mas que el rey, vos y yo.

FITZ. Señor mariscal, os doy gracias.

SAXE. Veamos los partes del acantonamiento. (Entra en la tienda derecha y toma los partes de la mesa.)

FITZ. (Á Maurepas.) (Si madama de Pompadour llega esta noche, adónde irá?)

MAUR. (Se hará conducir al cuartel del rey.)

FITZ. (Al molino de Lawfeld?)

MAUR. (Sin duda.)

FITZ. (Nuestra es la jornada! Dejadla ir.)

SAXE. (Saliendo.) Ahora vayamos mas adelante para inspeccionar las obras exteriores. Ah! ¿No es aquí donde está el soldado que ha aprisionado al general Ligonnier?

FITZ. Sí, mi general; está descansando en su barraca.

SAXE. Que le avisen: quiero verle á mi vuelta. Dadme el brazo, conde. (Á Maurepas. Se va con Maurepas y el acompañamiento.)

ESCENA IV.

FITZ, luego RAMPONEAU, á poco GUILLELMETA.

FITZ. Partida ganada! Ah! Por esta vez os tengo en mi poder, insolente adversario. (Entra en la tienda: desgarra una hoja de su cartera y escribe con mano temblorosa.) Hablan de las emociones del jugador, porque no conocen la fiebre del que conspira; del traidor que maquina y engaña! el uno juega su fortuna, el otro su fortuna y su honor!

(Dobla la carta, la cierra con oblea y la sella con su sortija.) Ahora, Ramponeau! (Llamando.) Ramponeau! ¿Dónde está ese imbécil? (Entra Ramponeau.)

RAMP. Me ha llamado el señor baron?

FITZ. Dentro de dos horas me obligo á entregarte con el recibo que te pierde diez mil libras y tu libertad.

RAMP. (Ay Dios mio!) Y qué debo hacer?

FITZ. Una cosa muy fácil; llevar este billete al aldeano del otro dia. Si alguna persona sospechosa te interroga, te tragas el papel! Parte en seguida.

RAMP. Yo parto... (Asustado.)

FITZ. Al momento. (Váse.)

RAMP. Yo parto... Es decir, las piernas... yo no puedo... Que me trague el papel!... Dios sabe lo que encerrará! Si me pillan y me fusilan...

GUILL. Y bien, qué hay? (Saliendo.)

RAMP. Ay!...

GUILL. Qué es lo que teneis, pobre Ramponeau? Os ha prometido el baron lo que temias?

RAMP. Lo que temia!

GUILL. Os manda alguna cosa terrible?

RAMP. Terrible!

GUILL. Pareceis un eco! El baron viene! Venid, ya encontraremos medio de salvaros. (Se lleva á Ramponeau.)

ESCENA V.

FITZ, el MARISCAL de SAXÉ, acompañamiento, luego ROBERTO.

FITZ. El hombre está ahí, señor mariscal. Eh! Marqués! Mi querido marqués! (Lamando á la puerta de la barraca.)

ROBERTO. (Dentro.) Quién llama á mi palacio?

FITZ. Soy yo, primo; salid, que os quieren ver. (Sale Roberto en mangas de camisa arreglándose el pantalon.)

ROBERTO. Quién es? Ah! el mariscal! (Cuadrándose.)

SEXE. Acercaos, valiente!

ROBERTO. Oh! Mi general, perdonad si me presento con esta facha.

SEXE. Sois vos el que esta noche ha dado un gran golpe?

ROBERTO. Sí, mi general; yo, y Zemira mi yegua! un soberbio animal!

SEXE. Decidme cómo os arreglasteis, porque es bien extraordinario.

ROBERTO. No, mi general, es muy sencillo. Tuvieron la atencion (Mirando al Baron.) de colocarme como un centinela perdido en un sitio muy avanzado. La consigna era, no moverme; no dar alarma, ni defenderme. Esto parece extraño á primera vista, pero mi general va á ver cómo no deja de ser ingenioso. Se hizo de noche; llegó al trote una patrulla de caballeria enemiga. Yo estaba tan lejos de nuestra línea, que me tomaron por uno de sus centinelas. El oficial que los mandaba se adelantó, y me dió una órden en inglés: yo no comprendo el inglés: pero distinguí que llevaba cruces é insignias; el oficial, hablando siempre en su jeringonza, se incorporó sobre los estribos para indicarme con la mano no sé qué: yo me acerqué; él no era muy corpulento; de pronto le cogí por medio del cuerpo, lo saqué de su silla y lo tendí sobre el cuello de mi caballo, partiendo con él al galope. Mi hombre gritó y me obligó á taparle la boca; los suyos me seguian gritando tambien; y disparando sus carabinas, cuyas balas silbaban cerca de mis oidos. Mi Zemira corria como una exhalacion, hasta que llegué á nuestras avanzadas, que estaban alerta; desempaqueté mi lord, que me ofrecia por su libertad un grueso diamante que, segun decia, valia cien mil libras: yo me aseguré mas de mi presa, y se vió que en efecto es el general conde de Ligonnier: hé aquí sencillamente lo que ha pasado, mi general.

SEXE. Y veo que sencillamente sois un héroe.

ROBERTO. Lo seré sin saberlo.

SEXE. Cuál es vuestro regimiento?

RORERTO. Los carabineros de la Tour d'Avon.

SEXE. Ah! Sí, recuerdo que habeis querido continuar sirviendo como simple soldado á pesar de ser coronel.

ROBERTO. De soldado estoy en mi terreno, y puedo distinguirme como tal. Yo dejo el cargo y el honor del mando á mi teniente coronel, un militar bravo y capaz, y yo me contento con defender mis huesos como puedo.

SEXE. Entonces, es difícil recompensaros.

ROBERTO. Dispensadme, mi general, es muy fácil.

SEXE. Hablad pues.

ROBERTO. Muy bajo, si su excelencia lo permite! (Se acercan.) ¡Oh! perdonad! yo no me atreveria nunca á hacer lo que hago si no contara con la bondad de vuestro carácter.)

SAXE. (Veamos; qué quereis?)

ROBERTO. (Un salvoconducto para dos mujeres, que las permita salir esta tarde de nuestras líneas, á pesar de toda órden contraria; porque, en fin, en el campamento vos mandais mas que el mismo rey, y ese pase puede salvar el honor de...)

SAXE. (Bien, bien! No tengo necesidad de saber mas. Vos teneis confianza en mí; yo la tengo en vos. Recibireis ese salvoconducto.) Teneis que pedirme alguna otra cosa?

ROBERTO. Ciertamente, mi general, una nueva ocasion de serviros.

SAXE. Se encontrará; yo respondo de ello.

FITZ. Ya la teneis, mi general; vos me habeis mandado escoger hombres experimentados; ninguno mas seguro que este.

SAXE. No, no! Otro habrá.

ROBERTO. Perdonad, mi general; yo reclamo vuestra palabra.

FITZ. (Bajo á Saxé.) El señor mariscal va á comprometer el secreto...

SAXE. Bueno! Sea como lo deseais el uno y el otro.

ROBERTO. Gracias dos veces, mi general.

SAXE. Dadme la mano, amigo mio. Buena fortuna! Venid, señores.

ESCENA VI.

ROBERTO y FITZ.

ROBERTO. Un momento, primo. En dos palabras; ¿qué se intenta?

FITZ. Se trata de una expedicion secreta.

ROBERTO. Para hoy?

FITZ. No teneis mas tiempo que para vestiros; firmar el contrato, y poneros en camino.

ROBERTO. Solo tambien?

FITZ. No; yo mismo conduzco el destacamento de que vais á formar parte.

ROBERTO. Corriente: Y no se puede saber siquiera adónde vamos?

FITZ. Al molino de Lawfeld.

ROBERTO. No es el nuevo cuartel del rey?

FITZ. Precisamente. (Váse por donde el mariscal.)

ESCENA VII.

ROBERTO.

ROBERTO. Sí; otro nuevo peligro, de donde crees que no podré salir vivo. Ah! Tiemblo de pensarlo! Allí es donde enviaria á mi Angel... Angel, que me maldice á esta hora, como madama de Pompadour, que no ha querido verme ni oirme! Angel, á quien me habia comprometido á salvar; y si como era necesario me hubiera explicado y le hubiera dicho... «deja que me exponga por tí bajo tu nombre; deja que asesten contra mí sus iras y que me maten en tu lugar!» Él no lo hubiera consentido; hubiera querido arrostrar el peligro y me lo hubieran descuartizado en seguida! Yo me sacrifico por él, y él me cree traidor!

ESCENA VIII.

ROBERTO, ANGEL.

ROBERTO. Angel!

ANGEL. Ah! Vos no me esperabais! Habeis comprado sin yo saberlo mi libertad á fin de apartarme de vos, y contabais con que nos separaban cien leguas! Pero madama de Pompadour me ha ayudado y héme aquí!

ROBERTO. Madama de Pompadour!

ANGEL. Ella va á venir! Ella tambien llegará al campamento hoy mismo.

ROBERTO. Hé aquí lo que yo temia! Teneros por contrarios! Para qué habeis venido?

ANGEL. Vos vais á casaros con la señorita Blanca de Rosel, y venimos á impedir ese odioso matrimonio.

ROBERTO. Y bien! Madama de Pompadour no puede nada; el rey ni aun la recibirá, y tú puedes todavia menos que ella!

ANGEL. Os engañais! Yo puedo algo.

ROBERTO. Qué?

ANGEL. Probar primero á reduciros, á convenceros; y si no os dais á partido, mataros!

ROBERTO. Tú me amenazas á mí! á Roberto! Tú, Angel!

ANGEL. Qué idea os habeis formado de mí? Me habeis tomado por un niño débil y medroso; pero debeis saber que estoy enamorado, y que este amor, insensato tal vez, es mi vida! Mi alma! Este amor, este sueño, mi único bien; mi única alegria, vos que os llamabais mi amigo, mi hermano, acabais de robármelo; os casais con la mujer á quien amo; me matais, en fin, desgarrando sin piedad mi corazon!... Y luego quereis que me tranquilice! Extrañais que haya cólera en mi voz, fuego en mis ojos, sangre en mis venas!

ROBERTO. Es verdad, Angel; sí, tienes razon! Las apariencias estan contra mí; me acusan, me venden. Yo te arrebato

tu puesto! Así puedes creerte con el derecho de confundirme, de injuriarme! Lo veo, lo comprendo, me pongo en tu lugar, y te lo dispenso! Pero tú sin embargo, ¿no te has preguntado tambien qué motivo puede impulsarme á aceptar esta situacion terrible que tan en descubierto me pone contra tí? ¿Qué suponeis de mí madama de Pompadour y tú, vosotros que os llamais mis aliados, mis amigos, que me habeis prometido vuestra confianza! Responde! responde á tu vez! Qué idea os habeis formado de mí?

ANGEL. Qué quereis que supongamos? Vos habeis visto por una parte la causa de madama de Pompadour perdida; por otra vuestra fortuna hecha; asegurado el favor del rey, y os habeis alucinado! Os habeis deslumbrado, olvidando la lealtad de vuestro corazon!

ROBERTO. Es decir que yo soy un miserable! un infame!... Ah! Angel! Angel!

ANGEL. Oh! No! no! Tú no puedes pensar así. No, yo te conozco, yo recuerdo tus bondades, yo te quiero! Calla! Ya no amenazo, suplico! Yo no puedo dudar ya, solo deseo creer! Dime, ese matrimonio no se efectuará, ¿no es verdad?

ROBERTO. Ese matrimonio, se efectuará; conviene que se efectúe.

ANGEL. Sí? Mas tarde, en Paris, ganando tiempo.

ROBERTO. No, aquí, hoy, al instante.

ANGEL. Entonces será á pesar tuyo? Porque te obligan!

ROBERTO. No! por mi gusto, por mi voluntad!

ANGEL. Oh! Pero tú vas á explicarme, á revelarme el extraño motivo que te hace obrar así!

ROBERTO. No, Angel! No puedo decirte nada! Debes confiar en mí ciegamente; debes aun tocando con el dedo mi traicion, creer en mi cariño y amistad. Sé que te pongo á una prueba muy ruda, pero me parece que si yo estuviera en tu lugar, no dudaria de tí, yo te creeria! Créeme tú, Angel! Lo que parece que hago contra tí, es precisamente en tu favor. Yo no puedo tampoco descubrirte este misterio; no indagues, no razones, créeme, ni mas

¡i menos! Concédeme tiempo; fia en mí una semana á lo mas! Dentro de ocho dias si no puedo aun darte otra satisfaccion, me tendrás á tus órdenes, nos batiremos si tú quieres. Pero hasta entonces, créeme Angel, te lo suplico, te lo ruego por nuestra infancia, por nuestro desamparo, por el pan que nos dió la caridad, por cuanto hay de sagrado, por tu vida y por estas lágrimas que brotán de mis ojos. (Pausa.)

ANGEL. Esto es muy extraño! Exiges que tenga confianza en tí! Si yo supiera tu secreto, le guardaria sin oponerme á tus pensamientos!

ROBERTO. No, Angel! Te opondrias, y por eso no puedo decirte nada!

ANGEL. Ah! Quereis volverme loco! Quereis jugar conmigo, pero tened cuidado!

ROBERTO. Afortunadamente, aunque no tengas confianza en mí no puedes hacer nada!

ANGEL. Que no puedo? Puedo injuriaros frente á frente como mereceis, llamándoos falso amigo, mentiroso y traidor.

ROBERTO. Cómo debes sufrir, Angel!

ANGEL. No teneis alma ni corazon! Madama de Pompadour os juzga como yo! Sabed que á ambos nos inspirais horror! Desprecio!

ROBERTO. Todo te lo permito, pero me haces mucho daño!

ANGEL. No lo suficiente para irritaros, y por eso reitero el insulto, y os pido satisfaccion.

ROBERTO. Angel!... Ingrato!... ¿olvidas que una vez me salvaste la vida?

ANGEL. Hipócrita! Yo os obligaré á tratarme como enemigo. (Levanta la mano para pegarle, Roberto deteniéndole el brazo.)

ROBERTO. Yo os trataré... como á un niño enfermo y delirante!

ANGEL. Sois mas fuerte que yo; pero cuando os haya insultado públicamente...

ROBERTO. Oh! Basta! Eso no! Eso seria demasiado, es preciso que acepte vuestro desafio; pero recordad siempre que me habeis obligado: descuidad! Nos batiremos, hermano mio!

ANGEL. Es todo lo que deseo! Ya soy dichoso!

ROBERTO. Vos lo creeis asi? Pues bien! nos batiremos mañana, porque esta noche tengo que cumplir un deber de soldado!

ANGEL. Mañana! Sea! Tenga yo la certeza de vengarme ó de morir, que es todo cuanto deseo! Hasta mañana.

ROBERTO. Angel! (Suplicándole.) Es asi como me dejas? Oh! Todo el mundo da la mano á su adversario!... Ahora que he consentido en... lo que tú deseas, debias tratarme con menos dureza. Dame la mano, ¿quieres?... Es por tu bien! Por evitarte un sentimiento; tú sufririas mucho, mas tarde! Te la pido como una limosna!... Angel!... Mira que vas á tener un remordimiento. Tu mano, Angel!...

ANGEL. No, no! Hasta mañana. (Váse.)

ESCENA XI.

ROBERTO.

Anda con Dios! Yo me voy á exponer á que me maten... Ah! Asi debe ser! Tú quieres vengarte; yo me vengaré tambien! Tú lo mereces! Ni aun me defenderé si quiera, y eso te enseñará! (Se dirige á la puerta de la barraca y habla hácia dantro.) Ah! Mi pobre Zemira! Consuela á tu amigo si puedes! han estado bien duros para con tu amo!... Vamos! Necesito vestirme; acicalarme para la boda... y para la muerte! (Entra en la barraca de modo que se le vea vestirse.) Vamos á bailar, Zemira. Esto te es igual, no es verdad? Á mí tambien, y hasta... hasta me divierte! No han querido creer nuestras palabras; ya les obligaremos á creer en nuestra muerte! (Risa nerviosa.) Ah! ah! ah!... Y cuando yo haya muerto por él, cuando por mí sea marido de la señorita Blanca, y rico y dichoso, esta idea le atormentará y rabiará... (Llorando.) Y le estará bien! Él vivirá con remordimientos por haber dudado de mí, y yo moriré con la satisfac-

cion de dejar asegurada su dicha!... ¡Bien se han cumplido mis hermosas ambiciones de amistad!... Yo he querido amar lo sublime! la gran dama me ha arrojado: el sabio quiere matarme! Para qué quiero vivir? Nadie me ama! Nadie necesita de mí! Ni padres, ni hermanos, ni amigos! Nadie! Ni un pájaro! Ni un haz de yerba de mi pais! (Ha concluido de vestirse en tanto, y se apoya en la puerta de la barraca llorando.)

ESCENA X.

ROBERTO y GUILLELMA.

GUILL. Ah! Roberto, os buscaba.

ROBERTO. Tú me buscabas?

GUILL. Sí, para deciros muchas cosas. En primer lugar, he suplicado tanto á la señorita Blanca que confie en vos, que al fin va á firmar el contrato al momento sin miedo ni violencia!

ROBERTO. Guillelmeta! Tú me crees?

GUILL Ya se ve que sí! Yo no alcanzo vuestra idea, pero estoy segura de que si no se os contraria, todo concluirá bien, y que con vos no hay peligro! ¿No os acordais, Roberto, de cuando yo era chiquita? Me tirabais al aire recogiéndome en vuestros brazos: mi madre se asustaba y os decia... «Ten cuidado!» Y yo me reia, yo, que os veia fuerte y diestro, no tenia miedo! Ya veis que desde pequeñita estoy acostumbrada á confiar en vos.

ROBERTO. Entonces, tú me quieres un poco, hermana mia?

GUILL. Si lo dudais, ¿por qué me llamais hermana?

ROBERTO. Ah! tú me salvas!

GUILL. Yo os salvo?

ROBERTO. Sí! Yo iba á dejarme matar sin gritar... sin defenderme... Dios me asista! Pero no, no! Ya se me sube el humo á las narices, y... (Un Ordenanza que sale y entrega un pliego á Roberto.)

ORDEN. De parte del señor mariscal general. (Váse.)

ROBERTO. Gracias! Justamente tenemos aquí una buena arma de defensa. Guillelma, te has asegurado del carruaje?

GUILL. Sí, nos esperará á la hora citada á la señorita Blanca y á mí!

ROBERTO. Toma este salvoconducto; enséñalo á todo el que se oponga en el camino. Toma. Encárgate tambien de este pliego, que quizá no pueda poner yo mismo en manos de la señorita Blanca. (Dándole uno cerrado.) Que no lo abra sino en el caso de que mi ausencia se dilate mucho. En él encontrará buenos informes de nuestro buen primo el baron Fitz.

GUILL. Dios mio! Es que os marchais? qué os amenaza algun peligro?

ROBERTO. No! nada! Hace poco estaba loco! Eso lo debo al pobre Angel, pero le perdono; tú me has curado, niña mia! Tu mano! Este apreton es un bálsamo para el corazon del pobre soldado!

GUILL. La señorita Blanca y el baron.

ROBERTO. Y bien, que vengan! Ya estoy pronto.

ESCENA XI.

DICHOS, BLANCA, FITZ y un notario.

ROBERTO. Hola, primo; héme pronto á firmar y á partir!

GUILL. (Á partir!)

FITZ. Que me place! No tenemos mas que un instante; la señorita Rosel tambien está decidida.

BLANCA. Es verdad! En mi peligro y en mi dolor, se me ha dicho que puedo fiarme de vuestra bondad y honradez, y lo creo con todo mi corazon! Al firmar ese contrato, no puedo decir que os empeño mi vida, porque me reservo el derecho de morir; pero me entrego á vuestra leal salvaguardia! (Firma el acta en la mesa de la tienda derecha.)

ROBERTO. Gracias, señorita! Teneis un corazon de soldado; esa firma os hace tan solo marquesa de la Tour D'Avon,

pero no mi mujer. Ya está mi firma! (Firma.)

FITZ. Concluido! (Clarin que toca botasillas.)

ROBERTO. Ah! Tocan botasillas!

FITZ. Sí, vuestros camaradas os esperan!

ROBERTO. Y vos, primo, ¿no nos acompañais?

FITZ. Sin duda, voy á montar á caballo.

ROBERTO. Entonces adelante, voy por Zemira; hé aquí lo que se llama un matrimonio en el estribo. Hasta la vista, señora marquesa.

GUILL. (Á Roberto.) (Pero vos no ireis al molino de Lawfeld!)

ROBERTO. (Calla, Guillelmeta!)

GUILL. (Oh! Ramponeau me ha dicho... Escuchad! Vos no sabeis lo que allí os espera!)

ROBERTO. (Lo sospecho, pero cállate!)

GUILL. Ah! Señorita! va á morir!

ROBERTO. Ahora veremos quién es el que muere! (Entra en la barraca. Guillelma queda pesarosa. Blanca angustiada.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

nterior de un molino abandonado y medio arruinado: á la derecha, en primer término, una puerta; en el fondo, otra puerta cerrada; á la izquierda de ella una ventana guarnecida de tablones ó cobertizo que sirve de tronera á un cañon corpóreo con su cureña; puerta á la izquierda; un pedazo roto de una piedra de molino; un cofre grande, viejo, en el fondo; mecha en el cañon.

ESCENA PRIMERA.

ONORIN entra por la puerta derecha con un farol de coche que coloca sobr el cofre: detrás de él Madama de Pompadour.

OMP. Nadie! Siempre nadie! (Con agitacion.) Por todas partes la soledad! el silencio! la oscuridad! Estamos efectivamente en el molino de Lawfeld?

ONORIN. No ha preguntado la señora marquesa á todas las gentes del pais? Todos han convenido en las mismas señas.

OMP. Todos los informes me aseguraban tambien que el rey tenia su alojamiento en el molino de Lawfeld esta misma mañana.

ONORIN. (Impasible.) Su majestad ha debido trasladar su cuartel general esta noche.

POMP. Oh! Decididamente, en todo lo que me sucede hay ma que mala suerte! Esos caballos que hemos tenido qu esperar tanto tiempo en la última posta; esos postillo nes que han equivocado el camino; ese atraso de cua tro ó cinco horas tan adelantada la noche, y ahora es repentina marcha del rey...

HONORIN. Todo eso no ha consistido en los criados de la señor marquesa.

POMP. Pero cuando hemos encontrado ese carruaje, que pare cia esperarnos á nuestro tránsito, y desde el cual do mujeres nos llamaban á grandes gritos, ¿cómo desd el asiento en que ibais no habeis querido verlas ni oir las? Por qué, á pesar de mis órdenes, no os habeis pa rado?

HONORIN. Los caballos venian á escape, y con el ruido no h comprendido á la señora marquesa.

POMP. Ah! Heme aquí otra vez en uno de esos momentos e que creo hallarme en poder de mis enemigos! Sin em bargo, no quiero quedarme aquí!

HONORIN. ¿Adónde irá la señora marquesa? Son mas de las tr de la madrugada; los caballos no pueden ya dar u paso; los caminos estan interceptados. Si la señor marquesa cayese en una emboscada inglesa...

POMP. (Con amargura.) (Sí! seria una desgracia que el rey n me perdonaria!) En fin, yo vengo decidida á buscar rey, y quiero á toda costa procurar el reunirme á él.

HONORIN. ¿Pero cómo averiguará la señora marquesa dónde s encuentra en este momento su majestad?

POMP. Señor Honorin, vos no teneis que contestar mas que mis mandatos! He visto cerca de aquí, en el camin centinelas á caballo! Id! informaos de uno de ellos, mas bien, enviadme aquí al jefe del destacamento; y misma le hablaré. (Honorin saluda y se va por la puerta de derecha.)

ESCENA II.

MADAMA DE POMPADOUR.

Juraria, por su aspecto y estudiadas palabras, que ese lacayo es un instrumento de Maurepas! Qué lucha, Dios mio! ¡Qué lucha tan mezquina y tan espantosa á la vez! Pero ¿qué va á ser de mí? Qué es lo que pretenden? Verdaderamente hay combates en la vida y contratiempos tan incomprensibles como los sueños! Cuando pienso que hace tres dias asistia yo al concierto de Versalles, ataviada, lisonjeada, celebrada, entre luces, músicas y flores!... y héme aquí sola, rodeada de emboscadas en medio de la noche; en una casucha desconocida y ruinosa, tratando de inquirir qué ultraje ó qué desgracia me amenaza!

ESCENA III.

DAMA DE POMPADOUR y ROBERTO, con carabina, que deja al entrar.

ERTO. ¿Quién pregunta por mí?

P. Ah! (Dando un grito al reconocerlo: momento de estupor.) ¡Cuando yo decia que estaba en poder de Maurepas y de la traicion!

ERTO La traicion! Esa es vuestra primera palabra! Tambien vos!... Por otra parte, teneis razon, señora... Es evidente que hay traicion!

. Convenis en ello?

RTO. Convengo en ello. Pero yo estoy tranquilo, y espero verme justificado, por vos al menos, cuando á vuestros ojos sea muerto por los ingleses, ó lo que es peor todavia, acusado y arrestado por los franceses!

. Por los franceses?

RTO. Sí, como vuestro cómplice!

. Vos! vos! (Con desprecio, dejándose caer abatida en la piedra.)

ROBERTO. Ah! Señor baron! Mientras que vos no atacabais ni h riais mas que á mí, todo lo sufria, porque de hombre hombre podia guardarme y defenderme! Pero hab lanzado y expuesto en medio del combate á una muje habeis tocado á todo lo que existia en mi corazon secreto y sagrado! Ah! Eso es el colmo de la infam He sido un imbécil! Debiera haber previsto que la a tucia era vuestra arma, y obligaros á esgrimir vues espada y mataros ó morir! Pero morir solo al menos!

POMP. Ah! Bien: seais amigo ó traidor, tengo el derecho saber qué me espera. Qué pasa? Veamos! ¿Qué hay?

ROBERTO. Señora, vos venias secretamente á reuniros con el rey ¿no es así? Quizás no le habriais advertido vuestra lle da?

POMP. Es verdad!

ROBERTO. Pues bien! Sea casualidad, sea astucia de vuestros en migos, el rey ha dejado repentinamente este moli este sitio en que estamos, y donde estaba él hace alg nas horas. Mirad, todavia hay aquí una pieza que no l tenido lugar de desmontar. Pero no os han conduc aquí sino con el mas infame designio! Porque ó los ing ses se apoderan de esta colina y nos hacen prisioner los dos, ó vendrán vuestros enemigos y se nos acus de habernos sorprendido en medio de la noche junt solos!

POMP. Oh! Pero esto es espantoso!... Yo estoy perdida!

ROBERTO. Sí, el lazo está tendido con diabólica destreza!

POMP. Vamos! á cualquier riesgo, yo salgo de aquí; me vue al coche.

ROBERTO. Vuestro coche? He oido al lacayo, que me ha avisado parte vuestra, dar órdenes á vuestros criados de d girse no sé á qué aldea.

POMP. Bien lo han previsto todo!

ROBERTO. Una idea! Yo tenia cinco ó seis hombres conmigo; á llamarlos, y os defendermos! (*Dirigiéndose á la puerta donde entró.*) Dios mio! Escuchad! ¿Ois el galope de caballos! Ah! Los miserables dejándome aquí solo,

retiran hácia el campo! Abandonado! Vendido! Decia is bien! Todo lo han previsto, y cada movimiento que intentemos para salvarnos, puede perdernos!

POMP. Sin embargo, partamos de aquí!

ROBERTO. He tenido tiempo de observar estos contornos. (Señalando al foro.) Esta salida da á un barranco, y los enemigos ocupan la altura opuesta.

POMP. Ese cuarto por donde yo he entrado... (Puerta derecha.)

ROBERTO. Va al camino de Francia. Esta puerta, (La izquierda.) va al campamento francés.

POMP. Salgamos por ella!

BOBERTO. Corriente; pero dejadme primero salir solo. (Interponiéndose.)

POMP. Para qué?

ROBERTO. Tengo la conviccion de que nos vigilan, que estamos cercados. Cincuenta pasos de aquí, gentes apostadas nos arrestarán. Si vos venis, no podré defenderme.

POMP. Vos defenderos? De qué os servirá?

ROBERTO. Toma! Para defenderme!

POMP. Oh! No salgais! No salgamos!

ROBERTO. Teneis miedo de que os comprometa mas muerto que vivo?

POMP. No, pero no quiero que vos murais!

ROBERTO. Qué! lo decis de veras? Ah! Ya soy feliz! tambien el peligro tiene su encanto! Él reconcilia, y en este momento os diré que jamás he obrado en contra vuestra; que vuestros enemigos han sido siempre los mios, y que yo no he fingido contraer el enlace con la señorita Blanca de Rosel, sino por serviros. Y bien! ahora gracias al peligro, me creeis tal vez?

POMP. Os creo!

ROBERTO. Gracias, baron Fitz, que tendiéndome esta celada me haceis dichoso!

POMP. No! No digais eso! Este peligro traidor y cobarde que en el silencio de la noche nos rodea por todas partes... Ah! Escuchad! Yo no soy mas que una mujer; este peligro me parece horrible!

ROBERTO. Bah! ¿Quién sabe? Puede sin embargo que en vez de una vergonzosa emboscada caigamos en una honrosa pelea, si en lugar de encontrarme con el baron Fitz diera con un destacamento de los ingleses!

POMP. Al menos, que no me encuentren con vos! Oh! no! Ved que es imposible... nada excita como esta idea toda la firmeza de la mujer y de la dama. Pensadlo bien; yo he podido en mi situacion tan difícil conservar mi dignidad con un celoso cuidado! Habia precisado á la envidia y la calumnia á callarse delante de mí, ahogando para ello hasta los latidos de mi corazon! Renunciando de cierto modo á vivir! Y tantos sacrificios, tantos esfuerzos vendrán á convertirse en un confuso rumor! En ese horrible cuchicheo de la córte y de la ciudad! Dirán: «Ya se sabe dónde se ha estrellado el orgullo de esa soberbia marquesa; se la ha sorprendido en la noche, sola con un soldado!»

ROBERTO. (Con dolor.) Oh! teneis razon, señora! Verdaderamente seria mas que deshonra! Seria ridículo!

POMP. Dios mio! No os ofendais! No es por vos por quien...

ROBERTO. No, señora; yo no me ofendo, mi dignidad no me deja descender á semejante ofensa! Mi corazon, sí! porque yo tambien tengo corazon, y siento mucho que no sea tan vulgar como el de algunos cortesanos! Por eso no se me ha escapado jamás á mí, grosero soldado, una palabra como la que acabais de decir! Por lo que hace á vuestros temores, tranquilizaos, señora marquesa; nadie se reirá de lo que pasará aquí esta noche. Mañana diran: «Madama de Pompadour al ir á reunirse al rey, cayó en una emboscada, y hubo un soldado de su majestad que se dejó hacer pedazos en defensa suya!» No creo que esto disponga bien á la risa! (Se lanza á salir por la puerta izquierda, y ella le detiene.)

POMP. ¿Adónde vais?

ROBERTO. Adónde no me podeis impedir que vaya!

POMP. Oh! no; perdonadme. Yo sufria! No sabia lo que decia! No pensé esa palabra cruel! Yo la retracto! Yo quiero

retirarla!

ROBERTO. Vos la habeis dicho! Adios!

POMP. No, por piedad! Roberto! Una palabra mia no ha podido heriros tan mortalmente. Es imposible!

ROBERTO. Lo es sin embargo!

POMP. No!

ROBERTO. Yo os lo juro!

POMP. Pues bien! Siendo asi, no suplico, mando: os prohibo salir!

ROBERTO. Vos mandais? Vos prohibis? Por qué?

POMP. Porque vos me dais ese derecho! Porque vos os habeis atrevido á mas! Porque me amais!

ROBERTO. (Retrocediendo espantado.) Ah! Dios mio! Ella ha adivinado mi locura!

POMP. Callad!

ROBERTO. No os ofendais ahora! No es toda la culpa mia. En las largas horas del servicio, por la noche, bien envuelto en su capa ó junto al fuego del cuerpo de guardia, uno piensa, recuerda... se forja ideas, quimeras... cree ver una sonrisa vaga, una mirada, escucha el ruido de un vestido de seda, aspira el perfume que se exhala de vos! Siente en sus labios el contacto de una mano delicada y suave... Ah! Perdon!

POMP. No, Roberto! No me pidais perdon por haberme hecho conocer una vez en mi vida el eco de un acento conmovido; el suspiro de un amor sincero! No me pidais perdon, porque una sola vez en mi vida he sentido palpitar verdaderamente un corazon! Oh! escuchad! Pasa un carruaje! (Poniendo atencion á la derecha; Roberto escucha al foro.)

ROBERTO. Y por este lado se oye ruido de armas! (Corre á la ventana que sirve de tronera al cañon y mira por ella.) ¡Son los enemigos! Ellos son, que bajan por la otra pendiente del barranco! Entonces, las avenidas no deben estar ocupadas por los nuestros! El mariscal de Saxé no ha podido ocultar su ejército mas que en el bosque! Partid! Yo voy á avisarle. Voy á dar la señal que espera!

POMP. Dejaros asi!

ROBERTO. Por favor! Solo asi podeis libertaros! Que se acerca el enemigo! Idos! Idos!

POMP. Dejadme al menos que os despida con la palabra que os he herido. Que Dios os guarde, mi soldado! (Váse derecha.)

ROBERTO. (Cogiendo la carabina y asomando á la tronera.) Adelante vosotros! No me veis, señores ingleses? Debo yo saludaros el primero? (Dispara su carabina; se oye una descarga dentro.) Bueno! Me han visto! Ah! Este cañon... cargado! La borrachera de la pólvora! (Enciende la mecha en el farol, y da fuego al cañon; se oyen simultáneamente dos cañonazos dentro: se hunde la pared del fondo sobre el barranco: los rayos del sol naciente inundan enteramente á Roberto: en el barranco retroceden los ingleses ante los franceses, que los cargan á la bayoneta, en el mismo instante se oyen clarines, cañon y fusileria que zumban muy á lo lejos: por lo alto del barranco se ven pasar batallones franceses con banderas desplegadas: gran panorama.) ¡Los franceses! Yo he inflamado la batalla!

ESCENA IV.

ROBERTO, el MARISCAL DE SAXÉ, MAUREPAS, el BARON FITZ, OFICIALES y SOLDADOS franceses puerta izquierda, á poco GUILLELMETA puerta derecha.

SAXE. Valiente Roberto, hé aquí una manera ostentosa de dar una señal! (Sube al foro con los oficiales, y con un anteojo mira la batalla, dando órdenes á sus ayudantes.)

FITZ. Una mujer estaba aquí; no ha podido escaparse sino por esa puerta. (Dirigiéndose á la derecha.)

ROBERTO. (Interponiéndosele con la espada desnuda.) No pasareis!

FITZ. Tengo la órden del rey! (Sigue el ruido de la batalla hasta el final sin interrumpir la escena.)

ROBERTO. No pasareis mientras yo viva!

GUILL. (Apareciendo en la puerta.) Roberto!

ROBERTO. Guillelmeta!

GUILL. Yo no soy mas que una pobre chica, y mi reputacion no merece que vos murais!

FITZ. Ah! (Le protege el infierno!)

ROBERTO. (Gracias, hermana mia! Gracias!)

GUILL. (Á Roberto, muy deprisa.) (Madama de Pompadour y la señorita Blanca, van en un coche camino de Paris.)

SAXE. (Bajando.) Dentro de quince dias, señores, asistiremos á la fiesta á que nos ha invitado madama de Pompadour. Desde ahora, la batalla de Lawfeld está ganada! (Música militar dentro.)

OFI. ¡Viva el mariscal de Saxé!

TODOS. Viva!

FIN DEL ACTO QUINTO.

ACTO SEXTO.

El parque de Choisy: grande escalera y terraplen á la derecha: fuentes, estátuas: un fauno de mármol: todo estará adornado con banderas y profusamente iluminado con bombas y farolitos de color.

ESCENA PRIMERA.

GRUPOS de máscaras que cruzan continuamente y se agitan en el fondo. RAMPONEAU de lacayo con una nariz postiza en la mano, y GUILLELMA de ramilletera. RAMPONEAU hablando alegre á dos negritos, que le ofrecen bandejas con sorbetes.

RAMP. Qué es eso? Vino? Ah! no. Son sorbetes. Gracias! Yo cuando me divierto, bebo vino. Gracias! eso está muy frio y yo estoy por las cosas calientes.

GUILL. Ramilletes, bellas damas! ramilletes para los enamorados!

RAMP. Entonces, venga uno! Yo estoy enamorado desgraciadamente.

GUILL. Desgraciadamente?

RAMP. Sí, porque sois una ingrata! Por qué no quereis ser tabernera, ya que, gracias á vuestro consejo me veo libre

de la tirania del baron! Ahora ya no le tengo miedo!

RAMP. Y cómo asistis á esta fiesta?

RAMP. He venido en la comitiva del mariscal de Saxé... ¡Qué buen señor!

GUILL. Pues no temiais tanto el echaros á sus pies cuando os di el consejo?

RAMP. Es verdad. Pero luego me acordé de la horca y del fusilamiento; me veia colgado como melon de invierno, ó sirviendo de blanco á cuatro soldadotes!... Entonces me decidí, le pedí audiencia, me la concedió, me eché á sus pies y no acertaba á hablar: por fin, viendo que ya estaba embarcado y que era preciso ahogarse ó llegar á la orilla, le hablé en los términos que me dijisteis, hice todo lo que convinimos. El mariscal, despues de oirme, me dijo... «Levántate! yo te perdono á nombre del rey, y si el baron presenta tu recibo para acusarte, no tienes nada que temer.» Yo, loco de alegria, le di las gracias, y sin duda he simpatizado con él, porque me ha traido en su comitiva. En fin, soy su protegido desde aquella noche, como vos sois la favorita de madama de Pompadour.

GUILL. Mucho me alegro.

RAMP. Yo os amaba ya, y ahora que con vuestro talento me habeis salvado la vida, os la ofrezco como siempre; os amo... á pesar de la historia del molino de Lawfeld. Os debo tanto!...

GUILL. Y yo os doy gracias, Ramponeau, pero mirad, como yo no debo nada, no quiero pagar nada.

RAMP. Conque me despreciais, Guillelmeta, ahora que voy á poseer mi taberna... que podiais ser una reina en el trono... digo, en el mostrador.

GUILL. Señor Ramponeau, allí viene el baron Fitz.

RAMP. El baron! Ya no puede hacer que me ahorquen, pero puede... (Haciendo ademan de dar una estocada.) tiene el corazon atravesado!

GUILL. Es que se acerca.

RAMP. Ah! mi nariz postiza! No! no desfigura bastante. Hasta

luego! me voy, no porque le tenga miedo, sino por prudencia. (Váse.)

ESCENA II.

GUILLELMETA y ROBERTO con dominó.

ROBERTO. (Ocultémonos aquí, que él debe pasar.) (Se oculta detrás del fauno.)
GUILL. Roberto!
ROBERTO. Chist!
GUILL. Qué haceis ahí?
ROBERTO. Ocultarme.
GUILL. Y de quién?
ROBERTO. De todos los que puedan conocerme.
GUILL. Pues mejor teneis trazas de buscar á alguien.
ROBERTO. Sí, al baron; tú no le has visto?
GUILL. Todavia no.
ROBERTO. Mi Guillelmeta, procura averiguar el disfraz que lleva y enseñármelo.
GUILL. Para qué le quereis? Por qué no habeis ido á su casa?
ROBERTO. Porque se me escabulle.
GUILL. Pero en esta fiesta, no podreis hablarle delante de todos esos señores; delante de monsieur de Maurepas.
ROBERTO. Delante de toda la córte! De todo el mundo! Yo tengo mi idea!
GUILL. Oh!... Será una idea terrible!... Yo la quiero saber!... Decídmela, Roberto!...
ROBERTO. Yo te lo diré mas tarde; pero búscamelo primero.
GUILL. Roberto, esto no es regular! Yo sin mirar nada, os he confiado mi vida, he arriesgado mi honor, hasta la tranquilidad de mi viejo abuelito! Y vos siempre estais tan reservado conmigo! Vos confiais demasiado en mi bondad.
ROBERTO. Es verdad, mi pobre Guillelmeta! yo confio y confieso que hasta abuso! Pero así tengo que agradecerte mas.
GUILL. Sí! Con esas zalamerias me engañais!...

ROBERTO. Vamos, anda, chiquita! anda á dar un vistazo por el terraplen, y si lo ves avísame.

GUILL. (No sé por qué, nunca le puedo decir que no!) (Váse.)

ESCENA III.

ROBERTO, á poco ANGEL.

ROBERTO. Pobre niña! Ella me ama como yo amo á madama de Pompadour. Ella al presentarse en el molino de Lawfeld para salvar á la favorita del rey, ha comprometido su honor, que vale mas quizá que... á esta le debo amor! sacrificios!... á la otra una ráfaga de ilusion pasajera como la luz del relámpago, y que, como él, dejará en pos de sí una negra oscuridad.

ANGEL. Roberto!

ROBERTO. Quién? Ah! Vos aquí? Los sucesos de la guerra y la marcha precipitada que nos hizo hacer el mariscal de Saxé, me impidió satisfacer vuestro deseo el dia despues de la batalla de Lawfeld; os prometí batirme con vos. Venis á reclamar mi promesa?

ANGEL. No, Roberto, no. Hace un mes que estoy loco! Que no sé á qué atenerme! Que los peligros en que veo mi honor, los misterios que me rodean, y que no puedo comprender, perturban mi razon! Roberto! Nosotros, huérfanos abandonados á la misma edad, recogidos por el mismo bienhechor; alimentados por el mismo pan! Nosotros que hemos crecido bajo el mismo techo, unidos por el lazo de la fraternidad y del infortunio... nos hemos amado como no se aman dos hermanos! Considera mi dolor, mi desesperacion, cuando al ver que me arrebataban mi dicha, que mataban mis esperanzas, eras tú el que me hacia traicion; tú el que me robaba el sueño adorado de mi vida!

ROBERTO. Comprendo que hay desengaños que matan!... Yo creia que al hablar con el corazon al que fué mi compañero, mi hermano, este, aun viendo lo contrario de lo que

mis palabras decian, me debia creer. Vuestro desengaño ha sido ficticio... el mio verdadero.

ANGEL. No puedo aun apreciar mi situacion!... No me puedo explicar lo que sucede; mi corazon se ha negado despues de mi acaloramiento á creer tu traicion, pero no veia nada que te justificara: nada he visto que me tranquilice! Y sin embargo, la señorita Blanca me acusa de injusto y confia en tí. Madama de Pompadour, que te despreciaba, confia en tí!

ROBERTO. Eso hace mas cruel mi desengaño! El que mas debia confiar, aquel por quien me he sacrificado; por quien me he expuesto, es el que mas desconfia! el que ha querido en un duelo derramar mi sangre! El que habiéndole rogado y suplicado con lágrimas en los ojos, me ha negado el consuelo de estrechar su mano!

ANGEL. Ah! perdóname, Roberto! Si eres leal, como debes serlo cuando todos confian en tí!...

ROBERTO. Pero tú lo dudas!

ANGEL. Y qué hacer? No está firmado tu contrato de matrimonio con la señorita de Rosel? Á pesar de haberme jurado ella que tú no serás su esposo, ¿no se da por seguro que mañana se celebran los desposorios? Cuál es ese formidable secreto que no os atreveis á confiarme y que lo sabeis, madama de Pompadour, Blanca de Rosel, tú y hasta Guillelmeta?

ROBERTO. (Pobre Angel!)

ANGEL. Si á pesar de esta situacion horrible, no tengo motivos para dudar; si soy injusto, perdóname, Roberto! Sé tú mas generoso que yo! Perdóname, hermano mio! (Cayendo á sus pies. Roberto le levanta y le abraza.)

ROBERTO. Angel! no! Ven á mis brazos!... Yo te perdono con todo mi corazon! Comprendo la ansiedad que te devora; la duda que te mata; pero ten entendido que antes moriria que hacerte traicion! Que ese misterio que todos te ocultamos, es un secreto que al revelártelo, te mataria! Espera una hora!... Quizá en ese tiempo lo podrás saber sin que se exponga tu existencia!

Angel. Gracias, Roberto! Gracias, hermano mio! esperaré!

Roberto. Viene gente! Retírate! Déjame solo. (Ocultándose tras del fauno.)

Angel. En tus manos está mi vida! (Váse.)

ESCENA IV.

ROBERTO, MADAMA DE POMPADOUR y el MARISCAL.

Saxe. Por mas que digais, marquesa, mi traje de soldado no es de buen efecto en los jardines Armida; en esta mansion de diosas!

Roberto. (El mariscal y la marquesa!) (Desaparece.)

Pomp. Señor Mariscal, si vuestra galanteria nos compara con las diosas del Olimpo, no olvideis que entre estas se encuentra Marte perfectamente: ademas, vos sois aquí, en toda la acepcion de la palabra, el héroe de la fiesta. Bien podeis resignaros una vez con el papel de espectador despues de haber sido protagonista de tan grandes espectáculos.

Saxe. Ah! señora, me confundis!

Pomp. Confesad que me lo agradeceis poco. Vos sabeis algo que me interesa acerca del baron Fitz, mi mas cruel enemigo, y no me dejais siquiera adivinar vuestro secreto.

Saxe. Paciencia! Ya lo sabeis! Este secreto que he revelado á su majestad influirá mucho en la balanza de vuestro favor. Esperemos los sucesos, y entre tanto aunque (Música dentro.) parezca mal al lado de tantos disfraces caprichosos mi traje militar, pasemos á los salones de baile.

Pomp. Nunca puede parecer mal en ninguna parte, el traje del héroe que enaltece á la Francia. (Vánse.)

ESCENA V.

El BARON FITZ, con dominó, y MAUREPAS.

Maur. Alejémonos un poco del ruido y del gentio. Yo no gusto de saraos ni de fiestas. He venido no por realzar esta

en que madama de Pompadour parece ostentar su triunfo, sino porque esta noche en medio de tanta animacion, de tanta alegria, vamos á presenciar su mas terrible desengaño.

FITZ. Bien hecho: mas vale en ciertas luchas quedar muerto que vencido: se dice que el rey ha devuelto su favor á madama de Pompadour.

MAUR. Asi lo cree ella; pero su majestad necesita de mí: esta mañana le he manifestado la falta de esa señora que ha desobedecido al consejo, poniéndose en camino y atreviéndose á ir al campamento, donde solo ha hablado con un soldado: le he referido la entrevista que habia tenido con él en casa de la Bontemps, y la aventura de hacerlo conducir en su coche con misterio en el silencio de la noche al palacio de Versalles!

FITZ. Os habeis atrevido?...

MAUR. Á todo!

FITZ. Y el rey...

MAUR. Quedó pensativo y dudando: yo me despedí y despues para asegurar el golpe, le he enviado por escrito mi dimision, si no separa de la córte á la Marquesa de Pompadour.

FITZ. Y si la aceptara?

MAUR. No lo creo!... La duda por un lado; la necesidad de mis servicios por otro; todo contribuirá á nuestras esperanzas: ademas le he proporcionado pruebas y testigos que le habrán convencido de la culpabilidad de la marquesa. Y vos en qué estais del asunto de la herencia del marqués de la Tour d'Avon?

FITZ. Ese hombre infernal me busca por todos lados y yo he procurado evitar un encuentro con él.

MAUR. Pero al fin os verá alguna vez.

FITZ. Mañana no podrá ver á nadie. (Con tono siniestro.)

MAUR. Cómo?

FITZ. El infierno que le protege, no le libertará. Entremos por esos jardines y separados de la muchedumbre os enteraré de mi plan... despues...

MAUR. Lograremos un segundo enlace de Blanca de Rosel!

FITZ. Eso es cuenta mia; para vos el poder; para mí, la fortuna.

ESCENA VI.

RAMPONEAU, á poco ROBERTO.

RAMP. Allí va mi tirano! Cuando se entere de que estoy libre de sus amenazas! De que el recibo que tiene firmado por mí no puede perjudicarme... Si embargo, huyo de que me vea, porque es muy malo: temo, porque es capaz de jugarme una mala pasada!... Dónde se habrá metido Guillelmeta? Por mas que la busco no la veo por ninguna parte.

ROBERTO. Ah! Ramponeau!

RAMP. El soldado marqués.

ROBERTO. Me alegro de encontrarte.

RAMP. Gracias.

ROBERTO. Has visto al baron Fitz?

RAMP. Por allí va ahora con el señor de Maurepas.

ROBERTO. Qué disfraz lleva?

RAMP. Dominó negro, con cintas verdes.

ROBERTO. Gracias á Dios! (Se dirige adonde se ha ido el baron.)

RAMP. Vais á buscarle?

ROBERTO. Sí.

RAMP. Buen provecho! Sabeis por dónde anda Guillelmeta?

ROBERTO. Por allá.

RAMP. Gracias. (Se dirigen á derecha é izquierda. Al salir Blanca tropieza con Roberto.)

ESCENA VIII.

ROBERTO, BLANCA, á poco MADAMA DE POMPADOUR, en seguida GUILLELMETA.

ROBERTO. Ah! Madame de la Tour d'Avon!

BLANCA. Vos!

ROBERTO. Haced que no me conoceis: voy en busca de uno.

BLANCA. De monsieur Angel, tal vez?...

ROBERTO. Sí, eso es: de monsieur Angel.

GUILL. (Saliendo.) Roberto, no le he visto.

ROBERTO. Bien, Guillelmeta. (Va á salir y se encuentra con Madama de Pompadour.)

POMP. Buenos dias, amigo mio!

ROBERTO. Misericordia! Héme aquí cogido entre tres acreedoras que me pedirán cuentas, dirigiéndose la una al marqués de la Tour d'Avon, la otra á Roberto el Bravo, y la otra...

POMP. Lo cierto es, que seriais el peor de los hombres si no fueseis el mejor, dichosamente!

BLANCA. El mas generoso!

ROBERTO. Vamos, felizmente, las cuentas no son muy estrechas segun veo: sin embargo debo restituir fielmente todo lo que conservo y que no me pertenece: el titulo, el nombre, el traje: bien que no me pertenece nada! ni aun yo mismo! Pero descuidad: creo que se acerca la hora en que debo aislarme del mundo; devolver á la señorita Blanca y á Angel la felicidad; á vos señora...

POMP. Á mí, habeis hecho mucho por devolverme mi valimiento; pero aun no se ha decidido mi suerte: sea pues la que quiera, tengo que pediros el último favor! Acércate, Guillelmeta; vamos, no estabas tan tímida cuando en el molino de Lawfeld, me librastes de un gran peligro! Crees que lo he olvidado? No. Solamente que siento pobreza en mi corazon: así amigos mios, vosotros que me aventajais en este punto, espero que me ayudareis á satisfaceros á entrambos. Guillelmeta, he aquí un esforzado mancebo, á quien yo debo mucho: os encargo que le hagais dichoso! Amigo, sabeis lo que debo á esta querida jóven; os encargo que la hagais feliz.

ROBERTO. Señora, eso es exigirme que olvide...

POMP. Olvidar? y por qué? Yo no quiero olvidar nada! Yo he respirado un dia un poco de verdad: yo no conocia mas que el triste halago que consiste en ser envidiada: he probado una vez la verdadera alegria; ser amada! Cuan-

do todo nos separe, tendré siempre conmigo ese recuerdo.

ROBERTO. Y yo conservaré el de mi sueño! Ah! El baron! (Se pone al antifaz.)

POMP. Con Maurepas! Dejadme sala!

ROBERTO. Pero...

POMP. Os lo suplico!

ROBERTO. (No lo perderé de vista!)

ESCENA VIII.

MADAMA DE POMPADOUR, MAUREPAS y el BARON.

MAUR. Saludo á la bella marquesa de Pompadour.

POMP. Os esperaba, caballero; he sabido que habeis enviado al rey vuestra dimision.

MAUR. Sí señora, y solo espero saber si la ha aceptado.

POMP. Señor conde, los dos nos hemos hecho una guerra encarnizada: yo os he atacado con las armas de la razon y de la justicia; y vos, el mas fuerte, el que debia ser mas generoso, habeis empleado la intriga, la traicion y la calumnia.

MAUR. Señora; esa acusacion!...

POMP. Es justa! Vos me habeis tendido lazos arteros, de los que me he salvado gracias á mi buena fortuna.

FITZ. (Y á ese condenado de Roberto.)

POMP. No contento con esto, habeis referido al rey calumnias groseras.

MAUR. Poco á poco, señora marquesa: el que refiere una verdad, no calumnia. No es cierto que hablasteis largo rato con ese soldado en casa de la Bontemps? No habeis ido á Flandes contraviniendo á las órdenes del consejo? No es cierto que en el molino de Lawfeld habeis hablado solo con ese soldado?

POMP. Quién puede asegurarlo?

FITZ. Vuestro lacayo Honorin, que al dejaros en el molino, fué á llamarle por órden vuestra.

POMP. Ah! bien temia que aquel hombre era instrumento de la traicion.

MAUR. Ya veis, señora, que el que refiere la verdad no calumnia! Sentiré que esto ocasione vuestra caida, pero yo no podia ocultar á su majestad tan importantes detalles!

FITZ. (Esto marcha.)

ESCENA IX.

DICHOS y un UJIER del rey con un pliego: á poco ROBERTO.

UJIER. De su majestad el rey!

MAUR. Para mí?

UJIER. Para mi señora la Marquesa de Pompadour. (Se lo entrega y váse.)

MAUR. (Á Fitz.) (Para ella? Qué será?) (La Marquesa abre el pliego: dentro hay otro cerrado: lee el primero con ansiedad.)

FITZ. (La órden de destierro.) (Bajo á Maurepas.)

MAUR. (Hemos triunfado!)

POMP. Ah! (Dando un grito de alegria.)

MAUR. Qué?

POMP. El rey, enterado de los sucesos, me hace justicia y me encarga que os entrege este pliego..

MAUR. Oh!

POMP. Tomad, señor conde. Su majestad acepta vuestra dimision.

FITZ. (Todo se ha perdido!)

MAUR. Será posible? (Toma el pliego y lee para sí.)

POMP. Yo quiero, señor Maurepas, que caigais del poder, pero no quiero que os hagan salir de la córte. Y para esto, es necesario que os separeis públicamente del baron Fitz Onall.

FITZ. Señora!... (Aparece Roberto en el fondo.)

MAUR. Yo no puedo abandonar á mis aliados en la desgracia; mientras no se me haga ver que el baron es indigno de mi amistad.

ROBERTO. Eso nadie mejor que yo puede demostrarlo, si vos me

lo permitis, señor conde.

FITZ. Vos!... Ah!... Por fin he encontrado el adversario que queria.

ROBERTO. Vuestro adversario! ah! sí, seguramente; pero el que queriais es otra cosa!

FITZ. Basta de inútiles palabras y presentad pruebas.

ROBERTO. Pruebas! Yo espero que vos mismo me las proporcioneis. Siempre me habeis creido ciego y sois vos el que lo estais. Sí, por dos veces, querido primo, te has equivocado; tú tenias necesidad, para apoderarte de una herencia, de suponer un heredero fácil de quitar de en medio: en seguida y casualmente, echaste mano de mí, pobre soldado reenganchado, para hacerme tu maniquí! Me has puesto en las manos estos títulos y riquezas como juguetes que se dejan á un niño inofensivo; pero yo soy un hombre, y me han servido de armas! Este es, caballero, vuestro primer error.

FITZ. Si yo he puesto en vuestras manos esos títulos y riquezas, es porque eran vuestros: olvidais que vos mismo, en presencia del señor de Maurepas, habeis enseñado la prueba material de vuestros derechos?

ROBERTO. Sí, porque yo habia comprendido vuestro complot, y porque queria preservar de este modo á otro hombre, atrayendo sobre mí solo todas vuestras intrigas. Es cierto que yo poseo este rosario; pero como un depósito que me ha confiado su verdadero dueño, el cual es el legítimo heredero de la casa de Tour d'Avon! Ese es Angel, mi amigo de la infancia! Hé aquí, baron, vuestro segundo yerro.

MAUR. Eso es cierto?

FITZ. Impostura grosera, señor conde!

POMP. Esa es la verdad. Yo lo atestiguo.

FITZ. Aunque ese hombre asegura que nos ha mentido hace un mes, no nos prueba, sin embargo, que ahora diga la verdad.

POMP. Señor baron, he dicho que yo lo atestiguo.

ROBERTO. Y sois vos el que se atreve á llamarnos impostores? Si

supierais que os he seguido la pista en todos vuestros infames manejos; que no habeis preparado bajo mis pies un abismo sin que yo haya visto en él vuestra mano!

FITZ. Oh! no apureis mi sufrimiento!

POMP. Roberto, calmaos.

ROBERTO. Perdonad, señora; pero cuando le veo, cuando le oigo, siento renacer en mí todos los sufrimientos, y la sangre hierve en mi corazon! Pensadlo bien, señora! Por él he estado á pique de batirme con Angel! Por él ha faltado poco para que yo cause vuestra deshonra! Por él no he vivido ni dormido con tranquilidad, porque sabia que se atentaba á la existencia del marqués de la Tour d'Avon! Y mientras tanto, él, halagado con la idea de su triunfo, reia! Cuando no se tiene alma, no se supone á nadie con ella! Él es extraño á todo sentimiento, como á toda patria! Él no tiene linaje, fé, ni creencia alguna. Él es un miserable, que no tiene ni un pensamiento digno! ni un impulso de humanidad en su sangre, ni un átomo de francés en su corazon!

FITZ. Esto es demasiado! Y puesto que te llamas un pobre villano, voy á castigarte como tal! (Tira de la espada: Roberto saca la suya de debajo del dominó.)

ROBERTO. Veremos quién castiga á quién! (Se baten.)

MAUR. Señores! Señores!

POMP. Deteneos! Separadlos! Socorro!

ROBERTO. No es tan fácil batirse como intrigar.

FITZ. Ah! (Herido en la mano, deja caer la espada.)

ROBERTO. Herido! (Bajando la suya.)

MAUR. En la mano derecha!

FITZ. Todavia puedo tener mi espada!... (Quiere cogerla.) Maldicion! Es imposible! Ah! con la otra mano! (Coge la espada con la mano izquierda y acomete á Roberto: este se la hace saltar de la mano al primer envite.)

ROBERTO. Eh! vos no podeis defenderos, y yo no soy asesino!

ESCENA ÚLTIMA.

Los MISMOS, el MARISCAL DE SAXE, ANGEL, RAMPONEAU, BLANCA, GUILLELMETA y acompañamiento de soldados y máscaras.

SAXE. Qué sucede?

FITZ. Ah! Señor mariscal! Venid y juzgareis! Mi adversario, que está presente, procuraba sostener hace un momento que el verdadero marqués de la Tour d'Avon es su amigo Angel. Ahora que responda. Si él es el marqués, entonces un gentil-hombre ha herido á otro y nada hay que decir! Pero si no es mas que Roberto el Bravo, ha herido á su jefe y reclamo justicia.

SAXE. Entonces reclamais su muerte! porque no estando terminada la guerra, su sentencia es segura.

GUILL. Pobre Roberto!

POMP. El rey mismo no podrá perdonaros!

ANGEL. Amigo mio, tú eres el marqués! yo quiero que tú seas el marqués de la Tour d'Avon.

ROBERTO. Bien decia yo, caballero, que vos me suministrariais pruebas! Mientras el marqués estaba amenazado con la muerte, mientras se trataba de destruir sus existencia para heredar sus bienes, yo he querido ser el marqués.

ANGEL. (Ahora comprendo.) Oh! Roberto querido!

ROBERTO. Ahora, señor de Maurepas, conoced vuestro amigo! Angel, reconoce el tuyo. En presencia de una sentencia de muerte, yo afirmo que este es el marqués de la Tour d'Avon, y que yo soy el expósito, el aldeano, el soldado á quien llaman sus compañeros Roberto el Bravo!

ANGEL. Hermano mio! (Arrojándose en sus brazos.)

SAXE. Soldado Roberto, pasado mañana comparecereis ante el consejo de guerra.

TODOS. Ah! (Grito de dolor.)

FITZ. (Está perdido!) (Con gozo.)

SAXE. Y vos, señor baron, comparecereis mañana.

FITZ. Yo? Y para qué?

SAXE. Se trata de sostener que el acusado es un soldado que ha herido á su jefe.

FITZ. Él acaba de confesarlo.

SAXE. Y si vos, señor baron, no fuerais su jefe?

FITZ. Qué quiere decir el señor mariscal?

SAXE. Que tengo en mi poder un billete escrito de vuestro puño y letra y sellado con vuestro sello, dirigido al general enemigo, duque de Cumberland, que contiene estas palabras: «Consejo para vuestra jugada de ajedrez; El rey se escapa, pero se podrá dar jaque á la reina; la torre no estará defendida.» No habrá lugar de condenar al soldado pasado mañana porque haya herido á su jefe, porque este será mañana juzgado y sentenciado por delito de alta traicion!

FITZ. Oh! El miserable que me ha vendido!...

RAMP. Yo he sido, yo! Pero ya no me haceis ahorcar! Me ha perdonado el rey!

SAXE. Señor baron, entregad vuestra espada! (Hace seña á un oficial, que se adelanta á recibirla.)

FITZ. Cómo ha de ser! He jugado y he perdido! (Se va conducido por el oficial.)

SAXE. Vos, Roberto, volveis á partir conmigo para la guerra, El despacho de coronel concedido al marqués de la Tour d'Avon, yo se lo confirmo al soldado Roberto: al valiente que dió la señal de la batalla en el molino de Lawfeld!

ROBERTO. Gracias, mi general! Hé aquí un soldado que ha hecho pronto su carrera! Pero dispensad mi curiosidad, cuándo creeis que se termine la guerra?

SAXE. Cuando hayamos tomado á Maestricht: dentro de seis meses!

ROBERTO. (Á Guilielma.) No tienes mas que seis meses para crecer. chiquita.

POMP. Ya está, amigo mio, á la altura de vuestro corazon!

ROBERTO. Pues hasta la vista, amigo mio! (Abrazando á Angel.) Adios, mujercita mia! (Abrazando á Guillelma.) Adios, se-

ñora! (Estrechando la mano á madama de Pompadour.)

TODOS. Adios! (Conmovidos.)

ROBERTO. Ya he vencido por vosotros! Ahora mi general, partamos! Á combatir por mi madre, por la Francia!

FIN DEL MELODRAMA.

Examinado este melodrama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 14 de Mayo de 1866.

El Censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON ENRIQUE ZUMEL.

La pena del talion........	Drama en cinco actos, en prosa.
La capilla de San Magin...	Drama en cuatro actos, en verso.
El piloto y el torero......	Juguete cómico en un acto, en verso.
El himeneo en la tumba....	Drama de magia en cuatro actos, en verso.
Guillermo Sakspeare........	Drama en cuatro actos y prólogo, en verso.
Una deuda y una venganza..	Drama en cuatro actos, en verso.
Enrique de Lorena.........	Drama en cinco actos, en verso.
Enrique de Lorena (2.ª parte).	Drama en cinco actos, en verso.
La maldicion..............	Pensamiento dramático en un acto, en verso.
Un valiente un buen mozo....	Juguete en un acto, en verso.
El gitano aventurero......	Comedia en tres actos, en verso.
Un señor de horca y cuchillo.	Drama en tres actos, en verso.
La batalla de Covadonga...	Drama en tres actos, en verso.
Glorias de España..........	Drama en cuatro actos, en verso.
Pepa la cigarrera..........	Zarzuela en un acto, en verso.
8200 mujeres por dos cuartos.	Disparate cómico en un acto, en prosa.
Llegó en martes...........	Juguete cómico en un acto, en verso.
El traspaso...............	Juguete cómico en un acto, en verso.
Vivir por ver.............	Zarzuela en tres actos, en verso.
Aqui estoy yo.............	Zarzuela en un acto, en verso.
La casa encantada.........	Zarzuela en dos actos, en prosa.
El segundo galan duende...	Comedia en tres actos, en verso.
En cojera de perro y lágrimas de mujer, no hay que creer.	Comedia en un acto, en verso.
Vaya un lio...............	Juguete cómico en un acto, en verso.
Diego Corrientes (Segunda parte.) (Segunda edicion.).......	Drama en tres actos, en verso.
La gratitud de un bandido..	Drama en un acto, en verso.
José Maria................	Drama en siete actos, en verso.
Quien mal anda mal acaba. (Se-	

gunda parte de José Maria)..... Drama en tres actos y en verso.

La voz de la conciencia....	Drama en tres actos, en verso.
El deseado Príncipe de Asturias....................	Loa, en verso.
L. N. B..................	Juguete cómico en un acto, en prosa.
Los guantes de Pepito......	Juguete cómico en un acto, en prosa.
Imperfecciones..............	Juguete cómico en un acto, en prosa.
Un regicida................	Comedia en un acto, en verso.
Viva la libertad! (Segunda edicion.).....................	Juguete cómico en tres actos, en verso.
Ábrame usted la puerta....	Juguete cómico en un acto, en prosa.
El muerto y el vivo.	Juguete cómico en tres actos, en verso.
Laura.....................	Melodrama en tres actos, en verso.
Será este?.................	Juguete cómico en un acto, en prosa.
Si sabremos quién soy yo?.....	Juguete cómico en tres actos, en prosa.
Las riendas del gobierno. (Segunda edicion.).............	Juguete cómico en tres actos y en verso.
Doña Maria la Brava.......	Drama histórico en tres actos y un epilogo.
La hija del almogávar.......	Drama en tres actos y en verso.
Otro gallo le cantara.......	Comedia en tres actos y en verso.
Batalla de diablos..........	Comedia de mágia en tres actos y en verso.
Un hombre público...........	Comedia en tres actos y en verso.
Un mancebo combustible......	Juguete cómico en un acto y en prosa.
Roberto el bravo...........	Melodrama de espectáculo en seis actos.

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

Los dos gemelos............	Novela original en un tomo.
El amante misterioso.......	Novela original en un tomo.
Amores de ferrocarril......	Leyenda original.
La batelera...............	Poema original.

ıda cenicienta.
cuña.
del almadreño.
iotas.
del vicio.
nos de viento
a de Correlargo.
le oro.
lel regimiento.
de mi mujer.
hijos.
madres.
el Rey René.
emos.
a de Murillo.
iera.
nza de Catana.
aesita.
a de la vida.
de Garan.
sin piloto.
os.
en el campamento, ó
de Africa.
os
leros de la niebla.
de matrimonio.
le Babel.
el gallo.
diencia.
alhaja.
imada.
os (refundida).

o.
i sobrina.
rbano.
laria.
1818.
ista de pájaro.
hojuelas.
c Polonia.
la Emparedada.

Miserias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa.
Olimpia.
Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.
Por una pension.
Para dos perdices, dos.
Préstamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¡Qué convido al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¿Quien es el autor?
¿Quien es el padre?
Rebeca.
Rival y amigo
Rosita.
Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid)*.
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula fuera buena.
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.

Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Torbellino.
Un amor a la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Medoro.
uena ley.
feo.
uchilladas.
la Gitana.
arte.
ra.
do.
uita.
to, ó el Alcalde pro-

l.
r.
.
e una ópera.
y la maja.
l hortelano.
en Marruecos.
a ratonera.
carnaval.
drama lírico.)
de la Rioja *(Música)*
de Letorieres.
escape.
español.

feliz:
lanco.

ono.
uelo de un pollo.
y Valdemoro.
no... ¡animal!
la calle Mayor.
del toro.

El mundo nuevo.
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapies.
El amor por los cabellos.
El mudo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del pescador.
Giralda.
Harry el Diablo.
Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. *(Música)*.
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitanilla.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. *(Música)*.
Matilde y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Peluquero y marqués.
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por apuesta.
Un quinto y un sustituto.

---

on de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40,
do de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Manzano.
Albacete	Ruiz.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Muro.
Alicante	Viuda de Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Coronado.
Barcelona	Cerdá.
Idem	V. de Bartumens.
Bejar	Lopez Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Pedreño.
Castellon	J. Maria de Soto.
Ceuta	M. G. de la Torre.
Ciudad-Real	Acosta.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Viuda de Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno é hijo.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	J. Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Brieba.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andri
Orense	Perez.
Orihuela	Martinez Alvare
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Hijos de Gutierr
Palma	Gelabert.
Pamplona	Rios.
Pontevedra	Buceta Solla compañia.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	V.ª de Gutierre
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Oña.
Sta. C. de Tenerife	Poggi.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Gra. Campos.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y com
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	I. Garcia.
Idem	J. Mariana y Sa
Valladolid	H. de Rodrigu
Vigo	Fernandez Dio
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	A. Juan.
Ubeda	Perez.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.